

DEBATES

GUÍA DE PERPLEJOS: UNA MIRADA A LA HISTORIOGRAFÍA COLOMBIANA

Jesús Antonio Bejarano*
Facultad de Economía
Universidad Nacional de Colombia

Introducción

Esta ponencia intenta proponer algunas reflexiones sobre el estado actual de la historiografía a partir de una doble constatación: el notorio declive de la historia económica y social durante la década de los noventa en Colombia y el surgimiento simultáneo de un campo, más o menos sustituto: el de la historia de las mentalidades (y campos afines). Algunos consideran esta sustitución como un avance de la historiografía, otros como la emergencia de un nuevo paradigma historiográfico, en tanto que el autor propone la hipótesis provocadora de que la “consolidación” de ese nuevo campo en tanto sustituto de la historia económica y social corrobora más bien la crisis de la historiografía que no es, por otra parte, atributo exclusivo de la investigación nacional sino de un clima intelectual más amplio que caracteriza hoy al mundo occidental.

Este trabajo empieza con algunas consideraciones sobre el estado actual de la historiografía nacional que busca ante todo incitar a la discusión de dos cuestiones esenciales: primero, la manera como en Colombia se practica la historiografía, de lo que resulta la manera fácil y poco crítica con que los historiadores han interpretado la naturaleza del quiebre de los estudios históricos, es decir, la sustitución de la historia económica y social por el campo de las mentalidades y segundo, las razones por las cuales ese quiebre no se vio

* Ponencia presentada en el X Congreso de Historia de Colombia, Medellín, agosto de 1997. El autor es profesor titular de la Universidad Externado de Colombia y profesor asociado de la Universidad Nacional. Agradecemos los comentarios y sugerencias del profesor Bernardo Tovar, del economista Jaime Lozano y de la estudiante de economía de la Universidad Nacional Amalia de la Torre. Como siempre, la responsabilidad de las opiniones corre por cuenta del autor.

por parte de los historiadores, como una inmersión en las nuevas corrientes intelectuales -post modernas- del mundo occidental sino simplemente como una suerte de revolución local en los temas historiográficos, lo que impidió reflexionar lo suficiente sobre que es lo que se ha ganado y lo que se ha perdido con esa sustitución.

La pretensión de proponer una interpretación sobre estas dos cuestiones nos lleva a otra indagación. Se ha intentado en estas páginas trazar el atlas de la historiografía del siglo XX, desde la historia tradicional a la nueva historia, es decir, la evolución y los giros principales de anales, de la *New Economic History* y de la historia postmoderna (la historia como narrativa), para tratar de identificar el tipo de tensiones que generan los cambios de paradigma, tensiones que resultan de sustituir las corrientes estructuralistas representadas en las dos primeras escuelas por corrientes más asociadas a la historia cultural y a la historia de las mentalidades. Lo que en esencia se trata de examinar en este atlas, es no tanto el aparente declive de las escuelas de la nueva historia, que es más o menos visible, sino sus causas profundas inmersas en los cambios en la cultura occidental: esto es, la manera como el abandono del cientifismo y el determinismo, el debilitamiento del racionalismo, la pérdida de fe en la capacidad predictiva de la ciencia, el fin de los grandes proyectos (los meta-relatos) y el predominio de las modas postmodernas y relativistas han afectado los desplazamientos temáticos, los cambios de perspectiva, el quehacer del historiador y en fin la historia como disciplina.

Este trabajo sugiere que la principal consecuencia de las tensiones asociadas al cambio de paradigma parecen apuntar al abandono del estructuralismo, de las concepciones de totalidad y de las interpretaciones del pasado que apelan a las ciencias sociales y que convierten a la historia en una de esas ciencias. A su turno, el intento de configurar un paradigma nuevo, "postmoderno", fundado en la "historia narrativa" como sustituto del anterior paradigma, (racionalista y estructuralista) plantea implicaciones importantes para la historiografía que los historiadores deberían advertir, principalmente un terreno ambiguo y brumoso en los intentos de explicación histórica. Se concluirá aquí que en el curso del refinamiento del paradigma original (racionalista- estructuralista) se fue generando una confusión historiográfica en la que algunas formas de la historiografía que se propusieron inicialmente como métodos de apoyo a ese paradigma, acabaron pretendiendo constituirse como un nuevo paradigma. Se propone pues la hipótesis de que los nuevos modelos historiográficos (la microhistoria, la historia intelectual, la historia socio-cultural y sus apéndices) surgieron realmente para afianzar los métodos y la perspectivas totalizadoras pero en el camino se fueron constituyendo como campos separados, descuajados de la totalidad, configurando, por cierto, una

perspectiva historiográfica completamente distinta, que aspira a configurarse como un nuevo paradigma .

Naturalmente las implicaciones más importantes de esta hipótesis se refieren a las consecuencias para la historiografía que resultan de ese nuevo paradigma, especialmente el rechazo a la historia total. Este trabajo insiste en que esa sustitución de paradigmas ha implicado como consecuencia la fragmentación y la dispersión de los estudios históricos, la disolución del núcleo de la historiografía, es decir, la disolución del propósito de la reconstrucción del pasado cuyo resultado principal es la pérdida de identidad de la historia como disciplina. Todo ello porque, al querer fortalecer la capacidad de la historia para explicar el núcleo original mediante cambios en las perspectivas metodológicas (la oralidad como fuente, los micro fundamentos y el papel del individuo, el papel de la retórica en contra de la formalización, la escala de observación y la apelación a los indicios), los historiadores, en una traslación a veces incomprensible, acabaron convirtiendo esos problemas de método en temas dispersos de la historiografía y descuajados de las perspectivas totalizadoras. Una segunda consecuencia es la pérdida de identidad de la historia como campo de estudio. Eso significa de una parte -y en ello habremos de insistir suficientemente- la disolución de la matriz disciplinar y por lo tanto la inexistencia de una comunidad académica que pueda constituir programas de investigación, compartir esfuerzos para resolver enigmas y compartir criterios de juicio que resulten en un intercambio intelectual fructífero. Una tercera consecuencia, acaso la más decisiva, es la segregación de la historia de las ciencias sociales. Se concluirá que la historia en el estado actual no pertenece a las ciencias sociales, no las necesita por cuanto renuncia a las explicaciones y se reduce al relato que solo admite la hermenéutica, ni las ciencias sociales la necesitan, puesto que la historia no es capaz de proveer elementos positivos de interpretación que puedan apoyar una perspectiva historicista de aquellas ciencias.

Si la historia se reduce al relato y a la hermenéutica, si renuncia a la reconstrucción del pasado, si los historiadores no pueden constituir una matriz disciplinar ni un programa de investigación por causa de la dispersión de enfoques, si la historia no es parte de las ciencias sociales, habrá necesidad de interrogarse sobre la responsabilidad del uso social del conocimiento histórico tanto en términos políticos como en términos del cuadro general de las ciencias, sobre la capacidad de la historia para aprender de los procesos regulares y no de los acontecimientos singulares y habrá de preguntarse, finalmente, por el derecho de la historia a permanecer en el campo de las disciplinas académicas.

El autor es consciente, por otra parte, sobre que algunos de los juicios emitidos aquí pueden suscitar las susceptibilidades de muchos investigadores.

Se dirá que se quiere subyugar la investigación, asaltar la libertad académica, ponerle ataduras a la imaginación. Aquí, sin embargo, no se pretende controlar el estudio de defender la historia sino más bien la tarea “quijotesca” de ensanchar el papel que la razón desempeña en ella, de modo que podamos salvaguardar una actitud analítica, defender la necesidad de comprender un orden global y preservar el rigor intelectual de una disciplina académica. Esa intención sin embargo, no sería comprensible del todo, si no delimitáramos de antemano dos perspectivas presentes en cada una de las páginas de este trabajo. La primera es una clara apuesta contra el relativismo y en favor del racionalismo ilustrado. Esta ponencia quiere insistir en los riesgos de la segregación de la historia de las ciencias sociales, del rechazo a los modelos del quehacer científico y por lo tanto del abandono a todo propósito serio por dar una explicación verificable, documentada y precisa del tema que sea, los peligros del rechazo a aceptar cualquier hecho objetivo o cualquier estructura social independiente a cambio de su sustitución por el relato y la hermenéutica y los riesgos de dejarse llevar de modo acrítico a la histeria subjetivista propia de la cultura postmoderna.¹

Una segunda perspectiva que se desprende de esa apuesta en favor del racionalismo ilustrado y del rechazo al nihilismo cognoscitivo postmoderno, es una perspectiva sobre el saber que no rehace permanentemente sus pasos, ni se fragmenta caprichosamente, ni da vueltas en círculo, ni elude las delimitaciones ni abandona los campos de conocimiento teóricamente centralizados ni intelectualmente organizados.² Esa es una herencia de la ilustración que no puede ceder el paso a una fragmentación arbitraria que desvertebra nuestra capacidad de comprender. Desde luego, los historiadores individualmente considerados pueden investigar lo que se les venga en gana y la libertad académica debe proveer suficientes garantías para eso. Pero desde la perspectiva de la sociología de la ciencia, lo que cuenta es el quehacer de la comunidad académica, las matrices disciplinares que dan cuenta de la organización intelectual del conocimiento y que definen por tanto una actividad de investigación y reflexión como una disciplina académica en la que los académicos interactúan en un proceso de permanente sustitución de unas ideas por otras mejores³. Nos preocupan pues, no las actividades individuales de los investigadores sino la

¹ Será evidente aquí la influencia de Ernest Gellner. *Post modernismo, razón y religión*. Barcelona, Paidós Editorial, 1994.

² El punto de vista puede explorarse en Geertz, Clifford. *Los usos de la diversidad*. Barcelona, Paidós, 1996.

³ Taylor, J. *The scientific community*. Oxford, Oxford University Press, 1973, y, especialmente, Ziman, J. *Public Knowledge. The Social Dimension of Science*. Cambridge, Cambridge University Press, 1967.

disciplina académica considerada como “Una institución social dedicada a un consenso social racional de opinión sobre el campo más amplio posible”⁴, y es en esa perspectiva en la que deben juzgarse nuestras opiniones sobre la dispersión, la fragmentación, los núcleos del conocimiento y el derecho de la historia para reclamar un lugar dentro de las disciplinas académicas.

I. Diatriba contra un ditirambo

Es fácil darse cuenta del estancamiento de la investigación en historia económica y social a fines de los años 80. En lo corrido del decenio, salvo algunos resultados significativos en la historia regional, algunos avances en la historia empresarial, un par de libros sobre temas económicos puntuales y otro sobre baldíos en el siglo XIX, no hay mayores aportes que permitan avanzar en el conocimiento de algún problema o de algún periodo⁵. Considerando los trabajos aparecidos en las revistas universitarias más importantes en economía entre 1980 y 1996, se han publicado 34 relacionados con la historia económica. Veinte de ellos corresponden al periodo 1980-1985 y 14 al periodo 1986-1995. En la revista de la Universidad de los Andes, entre 1980 y 1985 aparecen 10 trabajos en esta área y, entre 1985 y 1995 ninguno. En de la Universidad de Antioquía aparecen 10 trabajos en el primer periodo y 8 en los diez años siguientes. En la de la Universidad Nacional 4 entre 1985 y 1990 y ninguno entre 1990 y 1995⁶. Una constatación similar se desprende de los catálogos de tesis de pregrado y postgrado en economía.

No hay ninguna duda sobre que las orientaciones de la investigación histórica al menos en el campo económico y social han decaído o se encuentran en una deplorable pausa. Algunos historiadores optimistas siguen sin embargo,

⁴ Ziman, John *Introducción al estudio de las ciencias*. Barcelona, Ed Ariel, 1986, pág 22.

⁵ Díaz López, Zamira. *Oro Sociedad y Economía del sistema colonial en la Gobernación de Popayán 1533, 1773*. Santa Fé de Bogotá, Banco de la República, 1994. Barona, Guido. *La Maldición de Midas en una Región del Mundo Colonial*. Popayán 1730, 1830. Cali, Fondo Mixto de Cultura del Cauca-Universidad del Valle, 1995. Davila L. de Guevara, Carlos. *Empresa e Historia en América Latina: un Balance Historiográfico.*, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Colciencias, 1996. Giraldo, Cesar. *Estado y Hacienda Pública en Colombia 1934, 1990*. Bogotá, Contraloría General de la República, 1994. Sanchez, Fabio (editor). *Ensayos sobre historia monetaria de Colombia*. Bogotá, ed Tercer Mundo, 1995; Tovar Hermes, Tovar Bernardo, *Historia General del Huila*, ed. panamericana, Bogotá 1996, vol. 3 y Melo Jorge O. *Historia de Medellín*, Suramericana 1997.

⁶ *Revistas Desarrollo y sociedad Universidad de los Andes; Boletín socioeconómico, CIDSE Universidad del Valle; Lecturas de Economía Universidad de Antioquía, y Cuadernos de Economía Universidad Nacional.*

reseñando “avances significativos” y un “renovado vigor” en el campo de los estudios históricos referidos, por supuesto, a otros temas⁷. Es cierto que los historiadores al advertir en los catálogos de publicaciones la aparición de algunos títulos, ven en ello la ampliación a nuevos campos como si se tratara de la continuación sin sobresaltos de la misma tendencia vigorosa de hace una década. Se alude, en fin, con cierta facilidad, a la “consolidación” de nuevas áreas como la historia de las mentalidades, la historia de la cultura, la historia de lo imaginario, sin advertir que quizás allí, más que el surgimiento de nuevos temas o la aparición de nuevos campos, lo que hay es más bien una nueva fase que adultera, quizás para mal, una revolución historiográfica que por distintas razones empezó a surgir hace unas tres décadas. Advirtamos de antemano que la historia parece transitar hoy, peligrosamente, hacia una fragmentación de temas y métodos sobre cuya organización intelectual sería necesario reflexionar, que va desvertebrando el cuerpo del conocimiento histórico y desnaturalizando la historia como una disciplina académica y cuyas consecuencias previsibles debieran examinarse con premura⁸. El autor es consciente de que juicios como estos, que son de suyo debatibles, suscitan las susceptibilidades de algunos historiadores amparados en la libertad académica. Los historiadores individualmente considerados están en libertad de indagar sobre lo que se les antoje. Sin embargo, cuando se plantea el problema de la fragmentación en términos de matrices disciplinarias, en términos de comunidades académicas, hay que volver sobre el sentido del campo, sobre los núcleos, sobre los ejes de orientación que no se constituyen a partir del caos sino de una organización intelectual sobre el conjunto que constituye la disciplina. Si esos núcleos no existen, si esa organización no se vislumbra, lo que hay no es entonces el triunfo de la libertad sino un enorme problema sobre la significación del conocimiento y un amplio interrogante sobre el derecho que ese caos tiene de reclamar un

⁷ Esas expresiones como veremos se justificarían en el ensayo de Germán Colmenares (“Estado del desarrollo e inserción social de la historia en Colombia”, en *La conformación de comunidades científicas en Colombia*, Bogotá, MEN, DNP, FONADE, 1990. d), en el comprensivo ensayo de Melo, Jorge Orlando. “La Literatura Histórica en la Última Década” en *Historiografía Colombiana*. “Realidades, perspectivas”. autores antioqueños, medellín, 1996. Pero no en ensayos más recientes donde ya son visibles los cambios temáticos ocurridos en la primera mitad de los noventa. Véase por ejemplo Tovar Zambrano, Bernardo. “Consideraciones sobre el Estado Actual de la Investigación y de los Estudios Históricos en Colombia”, Informe presentado a Colciencias, Bogotá 1997.

⁸ En otro ensayo más reciente el propio Melo reconoce la transformación y las tribulaciones de la historiografía a la que, en ocasiones califica de “frívola”. Véase Melo, Jorge Orlando. “La Historia: Las Perplejidades de una Disciplina Consolidada” en *La Historiografía Colombiana Realidades y Perspectivas*, colección Autores Antioqueños, Medellín, 1996.

lugar respetable en el mundo académico. El terreno en que debe leerse lo que sigue, no es pues el de la libertad académica individual, por supuesto respetable, sino el de las justificaciones (en sentido de las fundamentaciones epistemológicas) de los rumbos actuales de la historiografía como disciplina.

Si hubiéramos cultivado de manera rigurosa la historiografía⁹ y no la hubiéramos reducido al ordenamiento temático debidamente comentado de fichas bibliográficas, nos hubiéramos dado cuenta, era muy fácil advertirlo, que desde fines de los ochenta se estaba experimentando más que un viraje una auténtica crisis de los estudios históricos. Para empezar, debemos entonces enjuiciar nuestra propia capacidad para evaluar el estado de la disciplina, es decir, la manera de hacer historiografía. Esta, como se sabe, intenta reflexionar sobre la práctica de la investigación histórica, busca producir *estados de la cuestión*, reflexionar sobre los resultados y examinar los problemas metodológicos que van surgiendo a medida que se acumulan los conocimientos y se abordan nuevas problemáticas. La historiografía no es más que el permanente trazar del mapa en el cual se encajan en un cierto orden y en una perspectiva de conjunto, los diversos trabajos individuales¹⁰. Bernardo Tovar, que sabe de lo que habla, presenta los ensayos reunidos en *La historia al final del milenio*¹¹, como un ejercicio de historiografía que reúne trabajos en los que según él, se ha buscado establecer los temas que han llamado la atención de los historiadores, los conceptos, métodos y fuentes con los cuales han sido investigados dichos temas, las tendencias historiográficas en función de las

⁹ La historiografía por lo demás tiene una significación unívoca y como advierte Topolski solo se refiere al resultado de la investigación, a la arquitectura del conocimiento histórico que se logra a partir del acumulado de las investigaciones. Para una discusión de este concepto, que buena falta nos hace véase Topolsky, J., *Metodología de la historia*, Cátedra, Madrid, 1985 (pág. 54). También es importante la discusión de Aróstegui, Julio. *La Investigación Histórica: Teoría y Método*. Editorial Crítica, Barcelona 1995. Niño, A., *La Historia de la Historiografía, una Disciplina en Construcción*, Hispania, XLVI/63 (1986), PP. 395-417.

¹⁰ El autor ha intentado ese tipo de análisis historiográfico en Bejarano, Jesús. Antonio. "Los estudios sobre café", en *Ensayos de historia agraria colombiana*, Bogotá, Ed. Cerec, 1987. Bejarano, Jesús Antonio. "Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 11, Bogotá, Universidad Nacional, 1983 y sobre todo en Bejarano, Jesús Antonio. *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX. en Colombia*, Bogotá, Ed Cerec, 1995.

¹¹ Tovar Zambrano, Bernardo. et al, *La Historia al Final del Milenio Ensayos de Historiografía Colombiana y Latinoamericana*, 2 volúmenes Editorial Universidad Nacional Facultad de Ciencias Humanas. Bogotá octubre de 1994.

cuales se pueden agrupar los autores y sus obras, las orientaciones actuales de los estudios históricos, los vacíos temáticos y las perspectivas de investigación¹². Loable propósito si ese proyecto colectivo lo hubiera cumplido. Lo que hay ahí, y no quiero con ello demeritar el esfuerzo de los historiadores que han contribuido a ese examen erudito, juicioso y por demás útil, no es historiografía: se reduce, las más de las veces, a una casi interminable reseña de cada una de las obras que han venido apareciendo, sin que éstas se conecten en un orden general, sin que se relacionen con el estado de los problemas, sin que se organicen de forma que puedan identificarse realmente líneas o programas de investigación en el sentido que Lakatos le asigna a esta expresión, sin que sea posible, a partir de allí, reconocer la existencia y características de matrices disciplinarias en el sentido de Khun, que es realmente el propósito de la historiografía bien entendida¹³.

A partir de esos ejercicios historiográficos, es difícil siquiera notar (no digamos conocer) qué es lo que sabemos y lo que debemos saber, lo que hemos resuelto y lo que queda pendiente. Es difícil identificar tendencias y problemas que deben atenderse, o localizar los desplazamientos teóricos. Es en fin una historiografía que elude el ejercicio cartográfico y el trazado de mapas y que se parece más bien a un apilamiento, a veces riguroso, de ladrillos que nada dice sobre la arquitectura que se construye o pudiera construirse con ellos¹⁴. Un

¹² Tovar Zambrano, Bernardo. *Introducción a la Historia al Final del Milenio*.

¹³ Véase sobre estos conceptos a Lakatos, I. 1978. *The Methodology of Scientific Research Programmes*. Philosophical Papers. J. Worrall and G. Currie (eds.). Cambridge University Press, vols. 1, .T. Khun *La estructura de las revoluciones científicas*. FCE Mexico 1974.

¹⁴ Podríamos a título de ejemplo, considerar en el libro de Bernardo Tovar los ensayos de Medófilo Medina sobre la historia política, (Medina Medófilo, “La Historiografía Política del Siglo XX en Colombia”) o el ensayo de Rodríguez y Arevalo sobre la historia económica (Rodríguez Salazar Oscar y Arevalo Hernández Decsy, “La Historiografía Económica Colombiana del Siglo XIX”) o el de Diana Obregón sobre la historia de la ciencia (Obregon Torres, Diana. “Historiografía de la Ciencia en Colombia”) Todos publicados en *La Historia al Final del Milenio*, para darnos cuenta por lo menos de dos cosas: la primera que nada significativo ha aparecido en la última década en el campo de la historia política (Salvo el reciente libro de Marco Palacio (*Entre la legitimidad y la violencia* Ed Norma, Santafé de Bogotá, 1997) o en la historia económica (salvo los ya anotados), de otro lado que los “nuevos campos” no son siempre tales. Por ejemplo un campo que es aparentemente nuevo como la historia de la ciencia se reduce esencialmente a un programa de investigación financiado por Colciencias y a algunos intentos transitorios en la U. Nacional, pero que no representa en sentido estricto la aparición de una tendencia historiográfica que pudiera mantenerse y ampliarse. Este tipo de ensayos historiográficos son útiles como inventario pero inútiles como arquitectura. Qué sabemos hoy por ejemplo que no supiéramos hace 10 años sobre la evolución general de desarrollo económico, de sus limitaciones? sobre el modelo agroexportador del

balance como este debiera haber mostrado, además de las ausencias, también la realidad actual de la historiografía: la dispersión, la fragmentación, la incertidumbre, la perplejidad, la pérdida de confianza en los paradigmas vigentes y los deslizamientos, si se quiere las fugas, hacia la vida cultural hacia las creaciones intelectuales y hacia la historia local, como sustituto de lo que hasta hace unos pocos años fue una disciplina asentada sobre bases de inteligibilidad mucho más ambiciosas y menos triviales y menos desorganizados. ¿Qué sabemos hoy sobre la organización social económica o política del país que no supiéramos hace 10 años? Sabemos más de nuestras claves culturales e intelectuales como resultado de la “consolidación” de esos nuevos campos? No estamos experimentando más bien una trivialización del conocimiento y en algunos casos una franca frivolidad que se confunde con una transformación temática y que a veces parece convertir a la historia en una respetable forma de la literatura, útil como divertimento, tal vez para conocernos a nosotros mismos, pero incapaz de proveer explicaciones sobre la sociedad en cualquiera de sus manifestaciones colectivas?¹⁵

siglo XIX, la economía cafetera, o los procesos de industrialización? sobre los conflictos sociales y políticos, sobre la demografía, la economía minera, la evolución agraria, los patrones de propiedad de la tierra, temas en fin que constituyeron sin duda los ejes de investigación y permitieron la definición de rangos de problemas básicos que quedaron abiertos a las investigaciones posteriores. ¿No siguen siendo hoy problemas no resueltos mientras la historiografía navega despistada en el inmerso mar sin fondo de las mentalidades? (Veanse a este respecto los comentarios de Colmenares, op cit pág 1080 y Melo *Las perplejidades*. pág 107.). Para contrastar con los decenios anteriores puede verse la bibliografía incluida en Melo, Jorge Orlando. “Lo que hay que leer para conocer la Historia de Colombia” en Melo, Jorge Orlando. *Historiografía Colombiana Realidades y Perspectivas*, Colección Autores Antioqueños. Volumen No. 107, Medellín 1996.

¹⁵ Resumamos pues en que aquella vigorosa tendencia que se anunciaba a comienzos de los años 70s que se caracterizaba por la emergencia de una nueva historia económica enfocada al desarrollo de los distintos sectores de la actividad económica, y a las preocupaciones sobre las políticas económicas, una historia social que con el tiempo fue configurándose como área separada y que orientó su atención a los movimientos sociales, a los sindicatos y a una nueva historia política, ocupada fundamentalmente de la organización de las relaciones de poder y de los proceso y conflictos sociales, esa tendencia, digo, parece haberse detenido a fines de los 80s sin que se vislumbre una orientación que la sustituya, lo que hace mucho más visibles los avances todavía precarios en la historia de las mentalidades, en la historia intelectual y en la historia de la cultura, áreas que por ausencia de otras materias y no por su propio mérito, parecen representar hoy el grueso de los estudios históricos. En todo caso los resultados acumulados hasta comienzos de los noventa pueden verse en Archila N., Mauricio. “Historiografía sobre los Movimientos Sociales” en Colombia Siglo XX”. Zambrano P., Fabio. “Historiografía sobre los Movimientos Sociales” en Colombia Siglo XIX”. Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “Historiografía de la Violencia en la Historia”, Todos en *La historia al final del Milenio..* Complementan esta perspectiva Tovar Z., Bernardo. “El pensamiento del historiador colombiano sobre la época colonial”, en *Anuario Colombiano de*

De cualquier modo, habría que constatar, primero, que la historia económica no ocupa ya el lugar privilegiado de los años 70s y 80s como área innovadora por excelencia; segundo que la historia social que siguió en importancia a la historia económica ha tenido las mismas tendencias languidecientes en los años 90s; tercero que la economía y la sociología dejaron de ser disciplinas de referencia obligada como lo eran antes, cuando los historiadores recurrían a ellas en busca de modelos de causalidad y métodos analíticos; y cuarto que no ha surgido ninguna rama de la historia que sustituya el papel que entonces jugara la historia económica y social ni disciplina alguna que sirva de modelo fuerte para sustentar las innovaciones. Finalmente, es fácil constatar, subrayémoslo nuevamente, que estamos en el mundo de la improvisación, la dispersión y la fragmentación. Por lo demás, esa parece ser la situación en otros países¹⁶: una historiografía de fugas, dispersiones, fragmentaciones y sobre todo exclusiones (de otras disciplinas) que imposibilitan la configuración de una masa crítica de investigación, la conformación de una matriz disciplinar y desde luego, la existencia de una comunidad académica que se identifique a partir de los enigmas compartidos y los esfuerzos convergentes para resolverlos¹⁷.

Las razones inmediatas, más o menos locales, de esta situación que acaba de describirse, parecen estar claras. Hay en primer lugar una “des-politización” de la reflexión histórica que resulta del agotamiento de las funciones políticas de la producción histórica, es decir, del derrumbe de los grandes proyectos

Historia Social y de la Cultura, No. 10, Bogotá, 1982. Rodríguez Salazar Oscar, “Nuevas Perspectivas en Historiografía Fiscal”, *Revista Cuadernos de Economía* de la Universidad Nacional de Colombia Departamento de Teoría y Política Económica No. 24 Volumen 15 No. 24 Primer Semestre de 1996. Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “Las Ciencias Sociales y los Cambios en la Historiografía Política” en *Revista Universidad de Antioquia* No. 231 Volumen LX II, No. 231. Enero, Marzo de 1993, páginas 13 a 28. Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “Los Estudios sobre la Violencia en Colombia en 1960 a 1990”, *Revista Universidad de Antioquia*. Volumen LX I, No. 228. Abril, junio de 1992, y Mendoza, Enrique. “El siglo XX y la historiografía rural contemporánea en América Latina”, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. II, núm. 3 (septiembre-diciembre), 1988, págs. 289-318.

¹⁶ Sabato, Hilda. “Historia Política, Historia Intelectual: Viejos Temas nuevas Ópticas”, en Marco Palacios Compilador *7 ensayos de Historiografía* España, Argentina, México, Editorial Universidad Nacional Santafé de Bogotá 1995, págs 105 a 107.

¹⁷ El punto ha sido señalado a propósito de la historia empresarial en el ensayo introductorio de Davila, Carlos. “Estado de los Estudios sobre la Historia Empresarial de Colombia”, en Davila L. de Guevara, Carlos. *Empresa e Historia en América Latina un Balance Historiográfico*, Tercer Mundo Editores, Colciencias. Bogotá, septiembre de 1996. pág 120.

políticos y de las utopías que iluminaban las preguntas que la historia debía responder¹⁸. Hay también un “desencanto generacional” que acompaña a las perspectivas pesimistas sobre una transformación política radical y hay también la protesta angustiada de quienes en los años 60 “soñaron con un socialismo que no tuviera nada de barbarie y que rotos sus sueños quieren romper con todas sus esperanzas”¹⁹. En lo que concierne a la historia económica y social no es menos importante el derrumbe de las grandes teorías, la teoría dependientista, la teoría latinoamericana y estructuralista del desarrollo y el notorio declive del marxismo que configuraron el cuadro teórico de los años sesenta y setenta.²⁰ También es responsable la notoria des-intelectualización del ejercicio de la ciencia económica, convertida hoy en un campo altamente especializado, formalizado y reducido a la solución de “Puzless” sin mayor relevancia para la realidad.

Tales razones inmediatas, sin embargo, pudieran acaso explicar los cambios de tendencia en la historia económica y social pero no su considerable declive en el conjunto de los estudios históricos. Menos aun pudieran explicar el predominio (confiemos que transitorio) de esos nuevos campos que se alejan cada vez más de la búsqueda de una interpretación global sobre los cambios históricos de la sociedad. Habría pues que preguntarse si estos nuevos “dominios” representan solo adiciones desprevenidas al mapa temático o más bien anuncian un viraje fundamental del quehacer del historiador, si son unas respuestas transitorias al agotamiento de las tendencias de las dos décadas pasadas o más bien la expresión patética de la crisis de nuestra conciencia histórica que, en vez de propiciar un sobresalto, un nuevo orden de preguntas, pudiera estar encaminando, en sus manifestaciones más extremas, hacia la liviandad, la vacuidad y la extravagancia, hacia una historia *light* que se practica con éxito en otros países con pretensiones de novedad académica. El cambio de ruta en todo caso, no significa siempre una decisión afortunada para avanzar más rápido o para superar los escollos del camino, sino que a veces es nada más, pero, tampoco nada menos, que un extravío. En este caso, en sus implicaciones intelectuales, tal extravío comprende no solamente los problemas de método, la significación de los temas, y por supuesto un nuevo sentido de la

¹⁸ Palacios Marco, “El Historiador sin Certidumbres”, en *7 Ensayos de Historiografía* Ediciones Universidad Nacional Santa fé de Bogotá. 1996. pág 12.

¹⁹ Melo, las perplejidadespág 134.

²⁰ Este hecho, decisivo para el cambio de las orientaciones de la investigación se examina especialmente en Ulrich, Menzel. “El final del tercer mundo y el fracaso de la gran teoría”. *Revista Debats* Ed. Alfonso el Magnánimo. Valencia, España. No 45 sept. 1993.

naturaleza del conocimiento histórico, sino también y como una cuestión más fundamental, la utilidad académica, social y política de ese conocimiento.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones no tanto sobre el estado de la historiografía colombiana, cuya situación actual tiene unas explicaciones más o menos obvias, sino sobre el estado de la historia como disciplina; en ese estado de la historiografía occidental y no en las razones locales, es en donde debemos buscar las razones del extravío. Intentaré mostrar que la ausencia de reflexión historiográfica ha impedido ver que nuestro desconcierto no tiene nada de diferente al desconcierto de la historiografía occidental, que ese desconcierto debe situarse en el mapa de las corrientes intelectuales de hoy, en el predominio del relativismo postmoderno y no en los cambios temáticos que resultan de la asimilación acrítica de esas corrientes. Intentaré señalar también- auguro que con poca fortuna- las implicaciones de esos cambios en la historia como disciplina académica y en su lugar dentro de las ciencias sociales, para terminar con un breve mensaje optimista sobre algunas buenas noticias de lo que queda del naufragio.

II. Un atlas de la historiografía

Después de haber escrito 17 extensos volúmenes sobre la vida y las costumbres de las gentes de Londres, Charles Booth desembocó en la conclusión siguiente: “todo obedece a un enmarañamiento de causas, las cuales producen perplejidad y son imposibles de desembrollar”²¹. Desde al menos la fundación de la Escuela de Anales, a fines de los años 20s, los historiógrafos se han trezado en una larga discusión por “desembrollar el enmarañamiento de causas” de los procesos o de los acontecimientos históricos. No es arriesgado afirmar que la evolución historiográfica desde Anales hasta hoy, es menos una historia del surgimiento de las áreas temáticas, y más una larga historia de discusiones (que surgen a partir de los desarrollos temáticos y de sus limitaciones) sobre los métodos más relevantes:²² la historia como ideografía y nomotética, la generalización como búsqueda combinada con el estudio de personas, grupos, sociedades y acontecimientos únicos, la relación entre el todo y las partes, entre lo material y lo inmaterial, entre lo general y lo particular y es en

²¹ Citado en Barraclough, G. “Tendencias actuales de la investigación histórica” en *Tendencias de la investigación en ciencias sociales*. Tecnos-Unesco, Madrid, 1981, vol. 2., pág 289.

²² Topolsky, J. ed., *Narration and Explanation: Contribution to the Methodology of the Historical Research*, Ropodi, Amsterdam y Atlanta, 1990. También Aróstegui, op cit.

ese extenso recorrido de métodos donde casi sin advertirlo parecemos habernos extraviado.

Michel Serres ha publicado un libro titulado *Atlas*, justamente para aludir al hecho de que los cambios en las claves intelectuales y culturales de la modernidad, en los paradigmas ideológicos, teóricos y políticos que por lo demás proliferan en las últimas décadas, ameritan la construcción de un mapa, una cartografía de nuestros conocimientos recientes para poder identificar un punto de partida, evaluar el camino andado y por supuesto para reconocer bien donde estamos²³. A riesgo de la simplificación y del esquematismo, quisiera trazar las líneas gruesas del mapa de la historiografía occidental de los últimos 70 años, no por el afán de erudición sino para intentar unas hipótesis sobre dónde y de qué manera perdimos el rumbo, hasta dónde debemos desandar el camino para encontrar de nuevo la senda que nos devuelva el sentido de la historia como conocimiento inteligible y de la historiografía como disciplina académica. Un mapa no son solo rutas; tiene también coordenadas, puntos de referencia. Se entenderá que en este propósito, sea preciso asumir la arrogante actitud del erudito que llena de referencias cada una de sus afirmaciones, justamente porque de lo que se trata es de saber el tamaño y la complejidad del atlas de la historiografía del siglo XX.

Peter Burke, reflexionando sobre cuan vieja se ha vuelto la nueva historia, ha recordado la travesía de las fragmentaciones que comenzando desde *anales*, acabó en independizar la historia económica de la social, en escindir la historia económica en antigua y nueva y en delimitar, cada vez de manera más precisa, la historia económica, social y cultural y por supuesto en dividir la historia, escindida en las llamadas escuelas altas y bajas (por alusión a la “historia desde abajo”) al tiempo que la historia de la cultura se iba fragmentando en un campo cada vez más antropológico y un campo más afín al azar del acontecimiento. El precio de semejante fragmentación, añade Burke, es sin embargo una especie de crisis de identidad que llama a la necesidad de recordar lo que somos para volvernos a reconocer.²⁴

Por fortuna durante las últimas dos décadas hemos asistido a la proliferación de reflexiones historiográficas que nos permiten identificar no solamente la secuencia de esas fragmentaciones sino también las grandes rupturas. La primera ruptura de la historiografía del siglo XX como se sabe es la del nacimiento de la Escuela de Anales, en 1929 (de la que en rigor va a empezar

²³ Serres, Michel. *Atlas* Ediciones Cátedra, Madrid 1995.

²⁴ Burke, Peter. Obertura: “La Nueva Historia Su Pasado y su Futuro”, en Burke, Peter. (Editor) *Formas de hacer historia* Alianza Universidad Madrid, 1996, pág 12.

a hablarse en el mundo académico desde 1950)²⁵. A veces independiente, a veces entremezclada, va surgiendo sobre el fondo de las aportaciones de la escuela de anales, tanto la historia cuantitativa, como la historia de las mentalidades, desde la que no es difícil pasar a una historia con una amplia visión antropológica y etnológica, cuyas contribuciones más importantes han estado en algunos estudios medievales sobre los países de occidente.²⁶ A su vez, en los años 30 no solamente en Francia, también en Inglaterra y en España se desarrolla una notable historiografía marxista que tiene su “locus classicus”, en los trabajos de Ernest Labrousse en Francia y de Maurice Dobb en Inglaterra.²⁷ En fin, especialmente en los Estados Unidos en la periferia de la ciencia económica de postguerra, se va abriendo campo la cliometría apoyada en una pretensión científica y en el uso extenso de los modelos económicos para explicar sobre todo las dimensiones del crecimiento económico. Así, la “Nueva Historia” tanto en el sentido francés (la *Nouvelle Histoire* identificada con anales) como en el sentido norteamericano (la *New Economic History*),²⁸ conjuntamente con la historiografía Marxista, dominarán el cuadro de la historiografía hasta los años setenta.²⁹

Ahora bien, qué es lo que tienen en común esas escuelas que conforman la “nueva historia”? Burke, en un intento de generalización, señala los rasgos compartidos

1.- Según el paradigma tradicional el objeto de la historia es la política. La nueva historia, por su parte, acabó interesándose por cualquier actividad humana sobre la base de que la realidad está social o culturalmente constituida, de modo que no es fácil precisar la distinción tradicional entre lo central y lo periférico de la historia.

2.- Los historiadores tradicionales piensan fundamentalmente la historia como una narración de acontecimientos, mientras que la nueva historia se dedica más al análisis de estructuras.

²⁵ Burke, P. *Reflections on the Historical Revolution in France: The Annales School and British Social History*. Review, 1, 3/4 (1978), pp. 147-156.

²⁶ Burke, Peter. *La Revolución Historiográfica Francesa la Escuela de los Anales, 1929-1989*, Editorial Gedisa, Barcelona 1994.

²⁷ Cohen, Jon S. “Las Realizaciones de la Historia Económica: la Escuela Marxista”, en *Revista Eco*, No. 239, septiembre de 1981.

²⁸ Para un panorama de la evolución de esta escuela véase Aydelotte, W. O., A. G. Bogue y R. W. Fogel. “The dimensions of Quantitative Research in History”, Princeton University Press, Princeton, Nueva York, 1972. Fogel, R. W., *Historiography and Retrospective Econometric*,s Chicago University Press, Chicago, 1970.

²⁹ Una consideración más extensa en el cap 1 de Bejarano, Jesús Antonio. “Historia económica y desarrollo”. *La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX*. en Colombia, Santafé de Bogotá, Ed Cerec, 1995.

3.- La historia tradicional presenta un punto de vista “desde arriba” en el sentido de que siempre se ha centrado en las hazañas de los grandes hombres, estadistas, generales y ocasionalmente eclesiásticos. Si no toda, buena parte de la nueva historia asume en todo caso el punto de vista de la historia desde abajo, es decir, las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social, la historia de la cultura popular, etc.

4.- Según el paradigma tradicional, la historia debería basarse en documentos; sin embargo, en la medida que la historia desde abajo presentó las limitaciones de este tipo de fuentes, se requiere, para reconstruir las actitudes de las gentes del común, el complemento de otras clases de fuentes, que incluyen también la prueba estadística, las cifras de comercio, de población, en fin la necesidad de cuantificar y no solo de leer.

5.- La nueva historia aborda el acontecimiento no por sí mismo, sino por su significación en el conjunto y a partir de la complejidad de factores y contextos que explican las motivaciones de los hechos humanos.³⁰

La Historiografía dominante hasta la década del setenta, subraya pues el rechazo a la historia política y el rechazo al acontecimiento, se preocupa por los fenómenos colectivos, incorpora lo “popular” y también las fuentes cuantitativas, todo ello en el propósito de iluminar el análisis de las estructuras.

Desde comienzos de los años sesenta y teniendo como epítome el conocido artículo de Lawrence Stone³¹ se acusan ya los signos de un agotamiento de los tres grandes modelos historiográficos, cuyas características se acaban de anotar. La época de las grandes propuestas paradigmáticas (del marxismo, de anales, del estructural cuantitativismo y de la cliometría), a la que hemos asistido entre los años 40 y 70, da paso a una época de crisis de paradigmas y de búsqueda de formas nuevas de investigación y de expresión que, por lo demás, como advierte Arostegui, se puede observar también y de manera paralela, en la reconstrucción de otras ciencias sociales que han experimentado una inflexión de profundas implicaciones.³²

³⁰ Burke, Obertura, op cit.

³¹ Stone, L. “The Revival on Narrative: Reflections on a New Old History, Past and Present”, 85 (1979), pp. 3-24. Utilizaremos aquí la versión española de la *Revista Debats*, No 4, Instituto Alfonso el Magnánimo, Valencia España 1982.

³² La historiografía busca desde entonces nuevas formas de representación, de suerte que “el abandono de las formas historiográficas más influyentes en los años 60 no le ha sucedido la aparición de un nuevo y absorbente paradigma y esto es lo que resulta especialmente nuevo en la situación de los años 80 y 90. La mayor parte de las nuevas propuestas, los atisbos de nuevos modelos historiográficos puede decirse que hasta el momento no han producido obras

Esas nuevas formas de expresión, en esencia, apuntan al abandono de la idea de una historiografía científica como resultado en parte del declive del cientifismo en las ciencias sociales³³. Si esa historia cientifista ha declinado, es según Stone porque nadie se hace ya ilusiones sobre los modelos deterministas de la explicación histórica que prevalecieron en los años de postguerra y que marxistas o no, son esencialmente económicos, es porque declina también el compromiso ideológico de los intelectuales occidentales sobre el cambio social, es porque se reconoce que la acción y la decisión política pueden imprimir una dirección a la historia, y es porque la historia cuantitativa (y como veremos cientifista) no ha sido capaz de mantener sus promesas.³⁴ Esas desilusiones no surgen, sin embargo, de una transformación abrupta, como piensa Stone, sino de un lento y progresivo proceso de dispersión y fragmentación en el caso de anales, de una parálisis a la que le cabe la expresión de “agotamiento” en el caso de la New Economic History y de unos funerales anticipados por razones no intelectuales sino políticas en el caso del Marxismo. Tres causas que se cobijan, según Stone, en el calificativo de “fracaso” y a las que sería necesario volver (dejemos pendiente para el final la historiografía Marxista) no solo para precisar si ese “fracaso” pudiera tener remedio sino para explorar si a su presunto paradigma sustituto, la historia como narrativa, pueden concederle razones de superioridad.

A. Anales

Comencemos pues con la “Nouvelle Histoire” y la manera como se desarticula y se fragmenta³⁵. Como ha recordado Casanova a propósito de la

verdaderamente llamativas... a cambio de ello nos encontramos claramente ante uno de los fenómenos propios de las épocas de crisis disciplinar, la proliferación y hasta la superabundancia de escritos de reflexión de fundamentación, de método y de teoría, y hasta de admonición y arenga” Arostegui, Julio. *La Investigación Histórica:....* pág 129.

³³ Stone, op cit, pág 94 .

³⁴ Véase los comentarios a la argumentación de Stone en Hobsbawm, Eric. “The Revival of Narrative: Some Comments, Past and Present”, 86 (1980), pp. 3-8. Usamos aquí la versión castellana de la *Revista Debats* No 4.

³⁵ Para la “Nueva Historia” (*anales y new economic history*) la secuencia de ese proceso en una perspectiva general se puede resumir así, “Una vez en el poder o enriquecida por la proximidad a él, esa historia social comenzó a mostrar sus límites, la mitad económica de esa unión amparada en la utilización del lenguaje matemático y la cuantificación acabó huyendo hacia mundos teóricos y específicos considerados mucho más sólidos y se sacudió el añadido de social, de la misma forma que la historia social a medida que se aproximaba a la sociología y a la antropología, tampoco sentía ya la necesidad de sostenerse sobre la economía. En la búsqueda de la emancipación y de nuevos territorios, abandonó además la política y la

historia social, el punto central de inflexión de la “Nouvelle Histoire” propuesta por Anales en sus inicios, no pretendía tanto una ruptura, sino reconocer la necesidad de incorporar al análisis histórico los factores económicos y sociales. En sus orígenes, esa protesta iba dirigida contra el tríó formado por la historia política, la historia narrativa y la historia episódica (Evenementielle), y lo que había que poner en su lugar era la historia en profundidad, es decir, una historia económica, social y mental que estudiara la interpelación del individuo y la sociedad ³⁶.

Esa manera de ver la historia es la que empieza a romperse a fines de los 70s. Ruptura (habrá que subrayarlo) que empieza por comprometer las cuestiones de método y acaba, por exceso, comprometiendo la naturaleza misma del conocimiento histórico. Las ideas rectoras de anales expresan bien el espíritu del cambio con relación a la historia tradicional pero también la configuración temprana del cuerpo que va a fragmentarse. Recordemos: primero la sustitución de la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema, segundo, se privilegia la historia de toda la gama de las actividades humanas en lugar de una historia primordialmente política, tercero (a fin de alcanzar los primeros dos objetivos) se estrecha la colaboración con otras disciplinas, con la geografía, la sociología, la sicología, la economía, la lingüística, la antropología social, etc., colaboración que alimentó los grandes proyectos de Braudel en el convencimiento, según él, de que la incorporación de diversas ciencias sociales permitía innovaciones que hacían posible una exploración mucho más profunda de las continuidades históricas.³⁷ Subrayemos que en los orígenes de anales la subversión va en

narrativa y en conjunto todas las premisas que habían sostenido la historia tradicional. La ausencia de un concepto organizador como fundamento lógico, por la indefinición y complejidad de lo social, alimentaba a sí mismo en su seno los gérmenes de una inevitable desintegración que la ha convertido en un enjambre de especializaciones donde junto a historias “desde abajo” de las clases desposeídas o análisis de estructuras de “larga duración” encontramos “excesos ridículos de cultura mediocre, periodismo de mesa de café” en los que la historia social se identificaba con “escandalos sexuales” o “evocaciones nostálgicas de costumbres inmorales” Casanova, Julian. *La Historia Social y los Historiadores*, Editorial Crítica Barcelona 1991 pág. 137.

³⁶ Casanova op cit. pág 25. Véase también Burke, Peter. “Historia de los acontecimientos y Renacimiento de la Narración”, en *Burke Formas de hacer Historia*, páginas 288.

³⁷ Le Goff, Jacques. *Pensar la Historia*, en Ediciones Atalaya, Barcelona 1995. pág 126, 127, Burke *La Revolución Historiográfica...* op cit, pág 11. Anderson Perry, *Campos de Batalla*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá 1995 pág 376- 377). Habría que advertir como han se-alado entre otros Burke (*La revolución Historiográfica...*) y F. Dosse. (*La historia en migajas. De Annales a la Nueva historia*, Alfons el Magnimo, Valencia, 1988) que el movimiento de anales puede dividirse en tres fases: La primera, que va de la década de 1929

contra de la historia episódica. Para Bloch eso era pseudo, historia para Febvre historia superficial. Lo que había que poner en su lugar era la historia en profundidad, una historia económica, social y mental que estudiara la interrelación del individuo y la sociedad. A una historia con ese propósito, no le queda mas remedio que intentar revelar las condiciones estructurales profundas de los mecanismos de la sociedad. Entramos así en la característica principal del proyecto de anales: la historia es por definición absolutamente social, lo que conduce de inmediato a alinear a la historia entre las ciencias sociales ³⁸ en las cuales, como un hecho decisivo, quedó instalada desde entonces con todo derecho.³⁹

Sin embargo, la historia social era más económica que social, o dicho en otros términos, la mitad económica de esa combinación era abrumadoramente preponderante, aunque se reconocía que economía y sociedad eran ámbitos de la realidad inextricablemente unidos. Françoise Dosse quien ha hecho el análisis de las tendencias temáticas de anales, ha mostrado como es de evidente el rechazo del relato factual y del político y el sutil deslizamiento hacia lo económico (mas que a lo social) y su subsiguiente rechazo por lo cultural. En el inventario de Dosse se indica que la historia política no representa mas que el 2.8 % de los artículos de Anales entre 1929 y 1945, el 5.4% entre 1946 y 1956 y el 4.1% entre 1957 y 1969 para recaer al 2.1% entre 1969 y 1976. La orientación económica por otra parte representa el 57.8% de los artículos en el primer periodo, el 40.4% en el segundo periodo y el 39% en el tercer período, mientras la historia social representa al rededor del 25% en el total del periodo. La historia cultural por otra parte empieza a ser significativamente creciente como quiera que en el primer periodo el 10.4% de los artículos de anales se

al a-o de 1945. Se trata de un grupo peque-o radical y subversivo que intenta subvertir la historia tradicional. Después de la segunda guerra, se comienza una segunda fase del movimiento en la que puede ciertamente hablarse de una escuela con conceptos distintivos (en particular los conceptos de estructura y conyuntura) y métodos distintivos, cuya figura más destacada fue sin duda la de Fernand Braudel. La tercera fase de la historia de este movimiento comienza al rededor del año de 1968; en estos últimos años, algunos miembros del grupo pasaron de la historia socioeconómica a la historia sociocultural, en tanto que otros están volviendo a descubrir la historia política y hasta la historia narrativa (véase Burke *La revolución Historiografica...*pág 12).

³⁸ Véase Lucien, Febvre. *Combates por la Historia*, Alianza editorial, Madrid, 1982, pág. 39.

³⁹ Véase Braudel, F. *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1968. Las implicaciones de este enlace se examinan en Aguirre Rojas, Carlos. *Braudel y las ciencias humanas* Ed. Montesinos Barcelona 1996.

refieren a la historia cultural, en el segundo periodo el 19.4%, en el tercer periodo el 22.4% y entre 1969 y 1976 el 32.8%⁴⁰

La nueva generación de anales, cambia entonces su discurso desde lo social y lo económico acogiendo el desafío de la antropología estructural. Ello implica el abandono de los grandes espacios económicos Braudelianos, el reflujo de lo social hacia lo simbólico y cultural. Nace sobre esos espacios, una historia nueva, la historia sociocultural⁴¹ El discurso histórico se etnologiza y la Escuela de Anales se abre en los años 70 a nuevos horizontes, los del estudio de las sensibilidades y la cultura simbólica. El historiador analista dice Dosse, se calza las botas del etnólogo y abandona lo económico, lo social, mas bien la mirada social se desplaza hacia los límites, las inercias, las permanencias de los sistemas sociales, el tiempo inmóvil.⁴² La conclusión, acota Doose al finalizar este recorrido, es que la figura del historiador no tiene como finalidad captar el centro donde estaba la historia económica sino el contorno de lo real, se ve enviado a la periferia donde hay otras dimensiones de la historia humana, las mentalidades, la psicología social, lo afectivo. Todo lo que constituye el tercer nivel es el itinerario de la historia de los sótanos al desván, por retomar la expresión de Michel Vovelle.⁴³ Pero allí, digámoslo de una vez, lo que hay, para ese historiador, es relativismo, post-modernidad.

Esta, sin embargo es una trampa en la que los mejores historiadores - Duby, Labrousse, Legoff- se resisten a caer. No renuncian a la historia total y antes bien desconfían del actual movimiento centrifugo y persiguen, mas allá de las modas, una investigación que incorpore elementos necesarios para una mejor inteligibilidad de la globalidad histórica. Pensemos por ejemplo en Duby que partiendo de lo económico llega a lo imaginario, pasando por el estudio de lo social. Según él, estos tres niveles permanecen indisolubles en su aproximación a los tiempos feudales. Como advierte también Dosse, tras el escaparate de una historia desmembrada en historias, se sigue discerniendo la aplicación de un esquema explicativo de la evolución histórica. Para los mejores historiadores por supuesto, la evolución de las mentalidades, de lo imaginario, es una forma de aproximación a la historia total, el complemento de la historia estructural,

⁴⁰ Dosse, F. *La historia en migajas. De Annales a la Nueva historia*, Alfons el Magninim, Valencia, 1988 pág 50 y 51 No menos importante es el hecho de que la mayoría de los artículos de anales está concentrado sobre problemas de la historia contemporánea. Los títulos revelan por tanto la presencia de cuestiones de actualidad, la ausencia de lo político y la preocupación mundialista en el discurso de anales.

⁴¹ Casanova, *op cit.* pág. 175

⁴² Véase Dosse, *op cit.* pág. 177

⁴³ Véase Dosse, *op. cit.*

para los *livianos* una fuga, un cambio de tema.⁴⁴ Ernest Labrousse identifica bien es decir, correctamente, la nueva dirección de la investigación: el estudio de las resistencias y aquello que es más irreductible al cambio, las mentalidades. “Quereis que os diga la verdad, vale pues, lo que hemos hecho hasta aquí es la historia de los movimientos y lo que no hemos hecho suficientemente es la historia de las resistencias, la resistencia de las mentalidades en su lugar correspondiente es uno de los grandes actores de la historia lenta”⁴⁵. Insistamos en ello y digamos con Jacques Le Goff “no se puede decir que se hace historia cuando uno se contenta con las representaciones”; para Le Goff, la historia de las mentalidades tiene su lugar en una totalidad histórica que recubre a su vez la civilización material y la cultura. Los dos niveles se interpenetran en una problemática que rompe con el mecanismo habitual de la teoría del reflejo de la infraestructura en relación a la superestructura y que debe incorporar en esa relación entre lo económico y lo social, lo mental. El programa pues no ha cambiado aunque los discípulos presuman de hacerlo. Al definir el estudio de las mentalidades, Le Goff lo integra en el movimiento histórico global. Muchos historiadores *analistas* ven en las mentalidades el medio de tomar las de Villadiego, de partir hacia los imaginarios. Para Le Goff por el contrario, no es una escapatoria, un viaje al término de la noche sino la manera de dejar entrar la luz del día. Sitúa pues la historia de las mentalidades no en fugas que escapan a todo racionalismo (postura típicamente post-moderna) sino en el centro del cuerpo social. Así, la historia de las mentalidades es en esencia, según la corriente principal de Anales, un problema de método y no de tema; las mentalidades no son apreciadas como formaciones discursivas separadas de lo real, sino formando parte integrante del estudio de una sociedad. Vista así, la historia de las mentalidades preserva para la historia la aspiración de globalidad y rechaza el desmembramiento de su campo de análisis, manteniendo entonces la capacidad del conocimiento histórico para producir explicaciones sobre la sociedad como totalidad, capacidad que se enriquece mediante la recuperación del acontecimiento para insertarlo en la globalidad de la comprensión y la inteligibilidad de los procesos históricos.⁴⁶

⁴⁴ Harsgor, M. “Total History: The Annales School”, *Journal of Contemporary History*, 13, 1 (1978), pp. 1-13.

⁴⁵ Citado en Dosse pág. 211.

⁴⁶ George Duby ha definido también el lugar de la historia de las mentalidades que no se ven como una entidad independiente. Al contrario Duby, considera que no nos podemos ahorrar la relación entre aquellos niveles que los marxistas llaman infra y super estructura. Postura similar es la de Michael Vovelle. Para un examen de esas aparentes sutilezas véase Fontana, J. “Ascenso y decadencia de la escuela de los Annales”, en C. Parain et al., *Hacia una nueva historia*, Akal, Madrid, 1976. También Forster, Robert. “Las Realizaciones de la Escuela de Anales”, *Revista Eco*. No. 239, septiembre de 1981.

B. La New Economic History

Sin duda, al igual que la Escuela de Anales, la vertiente tradicional de la historia económica desarrollada hasta los años 50s no divorciaba tampoco lo económico de lo social. Ello se debe a un concepto de teoría económica que se rehusaba entonces a aislar lo económico, lo social, lo institucional, lo político y concibe la estructura como totalidad (diferenciada en niveles como es el caso del marxismo o de la escuela histórica Alemana) donde los aspectos claves se refieren a la alianza entre la economía y las otras ciencias sociales.⁴⁷

En los años 50s sin embargo, se experimenta una revolución historiográfica que tiene como punto de partida un nuevo orden de relaciones entre la teoría económica y la historia económica. Los representantes de la llamada nueva historia económica, (esta expresión se entiende aquí, en el sentido norteamericano, que se asimila a veces a la cliometría), apelan a la economía neoclásica, para explicar y verificar principios teóricos en la búsqueda de generalizaciones y leyes.

De manera simplificada, digamos que la historia económica tradicional no se reduce más que a la economía como tema y al análisis no formal como método, lo que le permite apelar a diversas disciplinas distintas a la teoría económica.⁴⁸ Por el contrario el “nuevo historiador económico” muy raras veces se permite interpelar a las teorizaciones de las demás disciplinas sociales y apela con exclusividad a la teoría económica. Así, pareciera erigirse una especie de división del trabajo intelectual entre dos disciplinas de las ciencias sociales, división que no por haber sido establecida hace ya largo tiempo deja de ser perjudicial. Para el historiador (económico tradicional) lo esencial está en la construcción de los hechos históricos de modo que las restantes disciplinas sociales (en particular el análisis económico) le proporcionan preferentemente instrumentos más que una problemática totalizadora; para el economista (historiador) al contrario, la historia solo suministra los datos para comprobar los modelos teóricos que ha derivado del análisis lógico axiomático.⁴⁹

⁴⁷ Véase Hobsbawm Eric, “Historia Social”, en *Revista Eco*. No. 240, octubre de 1981. pág 569.

⁴⁸ Topolsky, Jerzy. Explicación y Teoría “Observaciones Introdutorias”, en Topolsky, Jerzy. Cipolla Carlo et al, *Historia Económica, Nuevos Enfoques y Nuevos problemas*. Editorial Crítica Barcelona, 1981. pág 22.

⁴⁹ Boyer, Robert. *La Teoría de la Regulación*. Ediciones Alfons el Magnánim, Valencia España, 1992. pág 46.

La implicación esencial de esa división del trabajo es esta: la vieja historia económica es una rama de la historia, la nueva, una rama de la economía.⁵⁰

Por demás está decir que los temas de investigación principales de la nueva historia económica provienen de la economía: el crecimiento económico, los ciclos, la moneda pero en esencia la nueva historia económica no es cuestión de temas, sino del uso de los hechos del pasado como un gigantesco test de la hipótesis de la racionalidad económica de un sistema y de la conducta de los individuos inmersos en él.⁵¹ Surge aquí una característica fundamental, poco advertida, por cierto, al examinar las relaciones entre economía e historia: En cuanto la *new economic history* es una rama de la economía, comparte con esta los compromisos de la economía como ciencia: su pretensión de alojarse en el campo de las ciencias duras y su alejamiento por lo tanto de las ciencias sociales, sus compromisos de método y de formalización matemática como formas de verificación y por supuesto sus compromisos con el individualismo metodológico que sustenta la economía de mercado. Así, como señala Habbakuk el rasgo distintivo de la nueva historia económica (en el sentido norteamericano) no consiste en que use la teoría para deducir nuevas hipótesis o plantear nuevos problemas respecto de la historia.. El rasgo distintivo de la nueva historia económica consiste en que usa la teoría: a. para identificar los elementos de los cuales con fines explicativos se requiere obtener manifestaciones cuantitativas es decir los elementos en las ecuaciones, b. para deducir pruebas acerca de estos elementos cuando faltan las pruebas directas. La mayor parte de la atención de los nuevos historiadores económicos se ha dedicado a (b). Lo que por otra parte es nuevo en la “nueva historia económica” sostiene Habbakuk, es que el paso de lo conocido a lo desconocido se basa explícitamente en una sucesión de razonamientos derivados de la elaboración de un modelo teórico.⁵²

Mirada así, la nueva historia económica, es decir, como una rama de la economía, el tránsito hacia una reivindicación de carácter más amplio, esto es, la pretensión de cientifismo del análisis histórico, una consecuencia lógica casi inmediata: El conocido ensayo de Fogel sobre la “historia científica” y la historia tradicional explica con abundancia de elementos esa transición. La

⁵⁰ Véase Himmelfarb, G. *The New History and the Old*. Belknap Press, Cambridge, Mass, 1987, y especialmente Mc Closkey, Donald. *Econometric History*. Ed Mac Millan, London 1987.

⁵¹ Temin, P. “El futuro de la Nueva Historia Económica”, en P. Temin (Compilador) *La Nueva Historia Económica: Lecturas Seleccionadas*, Alianza Universidad, Madrid 1984, pág. 480.

⁵²Habbakuk, John. “Historia Económica”, *Revista Eco* No. 240, octubre de 1981. págs 563 a 566.

historia científica, según Fogel, esta fundada en una proposición: la aplicación de los métodos cuantitativos y los modelos conductuales de las ciencias sociales al estudio de la historia.⁵³ Esta proposición es familiar a los economistas: se trata del papel del individualismo metodológico en la explicación de un orden colectivo en el que se despliegan los hechos históricos. La cientificidad no está pues en la historia misma como disciplina sino en los métodos de la economía que se abroga los atributos de la ciencia: la cuantificación, la formalización matemática y, por supuesto, el individualismo metodológico cuyo soporte es la racionalidad. Arribamos así al núcleo de la diferencia entre la historia tradicional y la *new economic history*: siguiendo el razonamiento de Fogel, los historiadores tradicionales tienden a centrarse en individuos específicos, en ideas particulares y en hechos no repetitivos y cuando intentan explicar los fenómenos colectivos, por lo general sólo hacen un uso limitado de modelos explícitos de conducta y por lo común se apoyan principalmente en las fuentes escritas; los cliométricos tienden a centrarse más bien en colecciones de individuos, en categorías de instituciones y en hechos repetitivos. Sus explicaciones con frecuencia incluyen modelos explícitos de comportamiento y dependen en mucho de la evidencia cuantitativa.⁵⁴

Aunque algunos investigadores abordan la cuantificación como la característica que identifica a los cliométricos, el explícito modelado matemático de la conducta (es decir, la formalización de la racionalidad individual) es el verdadero rasgo distintivo, en tanto que constituye el fundamento para explicar las interacciones de los fenómenos colectivos. En la teoría económica esta cuestión se conoce como el problema de los micro fundamentos. Subrayemos pues que el rasgo específico de la *new economic history* no se refiere a los temas ni siquiera a los métodos formales o al recurso de la cuantificación, sino a aspectos muchos más sustantivos. La naturaleza de la construcción del conocimiento económico se extiende a la construcción del conocimiento histórico-económico, como una prolongación del individualismo metodológico con el que se funda la economía como ciencia.

Siguiendo de nuevo el razonamiento de Fogel respecto a las diferencias entre la historia tradicional y a la “historia científica”, cada una de ellas posee un grupo de tradiciones que define los criterios de excelencia, cada uno posee su propia metodología, su propia colección de conceptos. Las principales diferencias, dice Fogel, se producen en seis aspectos: materia, tipos preferidos

⁵³ Fogel, Robert William. “Historia Científica e Historia Tradicional”, en Fogel Robert William y Elton G. R. *Cuál de los Caminos al Pasado, dos Visiones de la Historia*, Breviario del Fondo de Cultura Económica, México 1989, pág 41.

⁵⁴ Fogel, op cit, pág 50.

de testimonio, normas de prueba, el papel de la controversia, actitudes ante la colaboración y finalmente la comunicación con el público lector de historias. Los historiadores científicos, dice Fogel, tienden a centrarse en las colectividades de personas y en hechos recurrentes, en tanto que los historiadores tradicionales tienden a enfocar individuos y sucesos particulares. La evidencia relevante por supuesto, es la evidencia cuantitativa que se opone a la evidencia de las fuentes de naturaleza documental. Los problemas de método como es natural se refieren al uso por parte de la historia tradicional de la retórica y de la persuasión (testigos de elevado carácter moral, testigos que no puedan ser acusados de subjetividad, etc.) mientras que el modelo de prueba de los cliométricos es el modelo empírico científico, que organiza la evidencia generalmente cuantitativa capaz de confirmar o desaprobar los supuestos.⁵⁵ Podríamos abundar en las diferencias adicionales que señala Fogel, pero estas nos parece que son las fundamentales.

Ahora bien una implicación que debe retenerse es la sobre valoración de los procedimientos formales por parte de los cliométricos, por las consecuencias que ello tiene sobre las formas de hacer historia económica: Pese a que los éxitos de la formalización no son mayores (volveremos sobre eso), el cientifismo parte de la convicción de la superioridad de los instrumentos formales de análisis sobre los instrumentos menos formales (retóricos) de otras ciencias sociales, y esa convicción se extiende tanto a la economía como a la historia. A su vez, muchos de los economistas puros y duros (Kindleberger por ejemplo) reclaman una historia económica capaz de ayudar a corregir los excesos de abstracción en que está cayendo tanto la teoría económica como los cultivadores de la nueva historia económica. En todo caso, en su incapacidad para situar históricamente su propia evolución, los cliómetras no se han dado cuenta de que con su intento de mantener la historia económica dentro de la economía, están corriendo el riesgo de paralizar la propia historia económica, es decir contagiarle la parálisis de la teoría económica. Muchos economistas por otra parte están abandonando el formalismo para apelar a la retórica, a la narrativa y a los elementos no formales⁵⁶ y quizás allí, como veremos más adelante, estén en parte, los elementos para reconstruir las orientaciones hasta ahora poco exitosas de la *new economic history*.

⁵⁵ Fogel, Robert W. The Specification Problem in Economic History, *Journal of Economic History*, 27 (Sept. 1967), 283-308.

⁵⁶ Mc Closkey, Donal. *La retórica de la economía*. Alianza. universidad, Madrid, 1987 y Mc Closkey, Donald. *Si eres tan listo por qué no eres rico*. Ed. Alianza, Madrid 1995.

Ahora bien, tanta algarabía formalista apenas si puede mostrar algún resultado significativo. Sin duda, como ha señalado Field,⁵⁷ el balance de los primeros 25 años de la nueva historia económica muestra que sus mayores éxitos son los que alcanzó en la década de los 60s en el estudio de dos problemas concretos, el de la economía esclavista del sur de los Estados Unidos y el de la contribución de los ferrocarriles al desarrollo económico.⁵⁸ Añadiría también el tema del crecimiento económico como un tema de cuyos modelos se han beneficiado considerablemente no solo los historiadores sino los economistas de los países en desarrollo.⁵⁹ Los años posteriores de expansión no han aportado nada nuevo que tenga la ambición y trascendencia de aquellos resultados. La nueva historia económica como tal, con sus pretensiones de independencia, ha mostrado que para lo más que servía era para corregir malos planteamientos y errores en la historia económica tradicional, pero no para establecer un texto propio o un programa de investigación con pretensiones científicas.⁶⁰

⁵⁷ Alexander Field (Editor) "The future of Economic History" Boston 1987 Pág 62.

⁵⁸ Para una muestra de trabajos relevantes, véase Floud, Roderick. (ed.), *Essays in Quantitative Economic History* (Oxford: Oxford University Press, 1974) y Temin, P. *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Alianza Editorial, Madrid, 1984., También Fogel, Robert W. and Stanley L. Engerman. (eds), *The Reinterpretation of American Economic History*. (New York: Harper and Row, 1971) y Temin, Peter. *Causal Factors in American Economic Growth in the Nineteenth Century* (London: Macmillan, 1975).

⁵⁹ Deben añadirse aquí algunas referencias que pudieran ser de utilidad para el examen de un tema en el que los modelos econométricos pudieran contribuir significativamente en casos como el colombiano la, cuestión crecimiento económico. Abramovitz, Moses. and Paul, David. *Reinterpreting Economic Growth: Parables and Realities*, American Economic Review, 62 (May 1973), 428-39. Abramovitz, Moses. *Resource and Output Trends in the United States since 1870*, National Bureau of Economic Research, Occasional Paper 52 (New York, 1956). Ball, Duane C. and Gary, Walton. "Agricultural Productivity Change in Eighteenth-Century Pennsylvania", *Journal of Economic History*, 36 (March 1976), 102-17. Denison, Edward. *The Sources of Economic Growth in the United States*. (New York: Committee for Economic development, 1962), Solow, Robert M. and Peter Temin. *The Inputs for Growth*, in P. Mathias and M.M. Postan (eds), *Cambridge Economic History of Europe*, vol. vii, pt. 1 (Cambridge: Cambridge University Press, 1978) pp. 1-27; reprinted in Mokyr (ed.) (1985) Thomas Mark. "An Input-Output Approach to the British Economy, 1890-1914". *Journal of Economic History*, 45 (June 1985), 460-2. Finalmente, no por su significación para la historiografía en cuanto tal o para la reinterpretación del pasado norteamericano sino por la importancia del tema y para animar a algunos historiadores "no tradicionales", deben citarse Andreano, Ralph. (ed.), *The Economic Impact of the American Civil War* Cambridge, Mass.: Schenkman, 1967; Engerman, Stanley. *The economic Impact of the Civil War*, 3 (Spring/Summer 1966), 176-99. y Goldin, Claudia D. and Frank, Lewis. "The Economic Cost of the American Civil War: Estimates and Implications", *Journal of Economic History*, 35 (June 1975), 299-326.

⁶⁰ Field, op cit.

C. La historiografía postmoderna: las ideas sin andamio o la historia como narrativa

El apretado repaso de Anales y de la *new economic history* ha dejado ver en la primera un extravío y en la otra un agotamiento. La última fase de Anales se advierte como el intento de recuperar el interés por lo particular, por lo que se sale de la regularidad de los modelos, el interés por los acontecimientos, lo que supone rescatar los acontecimientos políticos, la vida cultural y las creaciones intelectuales y especialmente los niveles de la llamada historia de las mentalidades (historia de los hábitos intelectuales, historia cultural, historia de las estructuras mentales? el ámbito no está por otra parte bien definido)⁶¹. Se ha dicho también que tal recuperación, si se entiende bien, significa para la corriente principal de Anales ampliar las perspectivas de aproximación al análisis de las estructuras sobre el presupuesto de su inteligibilidad, y no la fuga hacia nuevos temas, a la dispersión y a la fragmentación del conocimiento histórico. Por lo que hace a la *new economic history*, hemos subrayado que su rasgo distintivo no es la cuantificación sino la pretensión de cientificidad de la historia fundada en la “cientificidad” de la economía como disciplina y que es allí, y no en la cuantificación, en donde se han agotado sus posibilidades historiográficas, sin que, por otra parte, hayan sido sustituidas por otros paradigmas que expliquen mejor el mundo económico. Algunos historiadores, sin embargo, engloban en el término de “fracaso” tanto el extravío de anales como el agotamiento de la *new economic history*, como si se tratara del mismo caso ofreciendo a ambas escuelas la misma posibilidad de salida: La narración. Por otra parte, no habrá ocurrido que al introducir nuevos métodos para refinar la comprensión del objeto hemos acabado olvidándonos del objeto para convertir el método en objeto? y si así es, que hemos ganado y que hemos perdido? no hemos al pretender cambiar la carnada, terminado acaso arrojando también la caña y el anzuelo?. Volvamos entonces al debate abierto por Stone a fines de los años setenta para precisar la naturaleza y significado de los cambios.⁶² Stone empieza su artículo señalando que los principales grupos de historiadores científicos (es decir la Escuela de Anales, los métodos cliométricos americanos y el modelo económico marxista) tuvieron en común la certidumbre de que había respuestas a las grandes cuestiones de la historia y que con el

⁶¹ Véase la discusión sobre la ambigüedad de esas nociones en Collini, Stefan. Biddis, Michael. et al, “¿Qué es la Historia Intelectual?”, *Revista debats*, Ediciones Alfons el Magnánim, Valencia España No. 16, junio de 1986.y (R. Chartier. *El mundo como representación, estudios sobre historia cultural*, Gedisa Barcelona 1992).

⁶² Lawrence, Stone. *La historia como narrativa*. Op cit.

tiempo terminarían por resolverlas. Entre los historiadores científicos de los dos primeros grupos hay, dice Stone, un generoso optimismo basado en la creencia de que las fuerzas motrices de la sociedad eran las condiciones materiales. En ese propósito de resolver las grandes cuestiones, el “modo analítico” cumplió mejor su cometido que la “modalidad narrativa” a la hora de organizar y presentar los datos⁶³ en una estructura explicativa en la que - según Stone, y ya hemos señalado que en el caso de anales la sindicación es injusta - no tienen prácticamente lugar la cultura, la literatura, la religión, la educación, la ciencia, la construcción del estado la burocracia, la organización militar, etc.

Pues bien, Stone advierte en los años 70s una especie de rebelión caracterizada por la vuelta al relato, a la historia como narrativa, que transluce, según él, la pérdida de las ilusiones en el modelo determinista de explicación histórica y en la disposición de la historia en tres planos: lo económico, lo social y lo mental. Esa revuelta como bien lo advierte Stone, ha terminado por acusar el declinamiento de la fe en las explicaciones puramente económicas y sociales forzadas a admitir, en ese tráfigo con que se codean los hechos económicos y demográficos, otros factores: el clima, los valores, la ciudad, las costumbres las ideas, las inercias, en fin.

Por otra parte, dice Stone el abandono del compromiso ideológico por parte de los intelectuales de occidente juega un papel en esa revuelta: La necesidad de responder a los grandes porqués al tiempo que esas respuestas son cada vez más difíciles y mas aun “si no se ha tenido suficientemente en cuenta el poder, la organización y la decisión política, las contingencias de las batallas y del sitio, la destrucción y la conquista” es decir el acontecimiento. El tercer golpe, duramente asestado a la historia analítica y estructural, afirma finalmente Stone, es que si bien la cuantificación ha madurado y se ha afirmado como método en numerosos campos de la investigación histórica y si bien al recurrir a ella se ha mejorado enormemente la calidad del discurso histórico, es también cierto que al exigirse a la cuantificación la carga de la prueba, el resultado presenta a su vez dos vicios: la ilegibilidad y la banalidad. Volveremos sobre esos calificativos a veces justificados si se aplican a la New Economic History.

⁶³ Era necesario por otra parte, que los mismos datos fuesen en la medida de lo posible, de naturaleza cuantitativa: “los historiadores franceses que en los años 1950 y 60 iban a la cabeza de esta briosa empresa impusieron como norma un dispositivo jerárquico por orden de llegada así como de importancia. Estaban primero los hechos económicos y demográficos, luego la estructuración social, por último los fenómenos intelectuales, religiosos, culturales y políticos. Se representaban estas tres zonas como los pisos de una casa, cada uno de los cuales estaba asentado sobre el de debajo, pero los de arriba por contrapartida no tienen casi efecto sobre los de abajo” (Stone op cit pág. 94).

Para Hobsbawm por el contrario, no hay tal rebelión, no es la narrativa lo que resurge, ni puede aceptarse que haya una renuncia al análisis de las grandes cuestiones historiográficas. Lo que ocurre es que la mayoría de los historiadores han ampliado el instrumento utilizado y optan ahora por el microscopio, pero sin rechazar el telescopio como material anticuado. En definitiva según Hobsbawm, los cambios detectados por Stone no significan un rechazo de la historia estructural y si el razonamiento es falso y el diagnóstico es incorrecto, dice Hobsbawm, no hay motivo para moverse del sitio donde uno está.⁶⁴

Conviene precisar aquí el alcance de la discusión: el debate está planteado según Stone en términos de una rebelión, de crisis y de agotamiento del modelo determinista, estructural y cuantitativo y según Hobsbawm, apenas en una necesaria ampliación de los instrumentos metodológicos, de las fuentes y de las formas de aproximación a la comprensión de la estructura. Para Stone se trata de temas, fragmentaciones, narraciones, para Hobsbawm de la significación del método. Hobsbawm tiene razón al afirmar la inteligibilidad de la historia y la necesidad de explicaciones globalizadoras, estructurales, pero Stone ha sido mas persuasivo al justificar las fugas hacia otros ámbitos, arguyendo que la idea de una “historiografía-ciencia” ha perdido a fines del siglo XX, una gran parte de su fuerza y de su atractivo y que antes bien se, empiezan a buscar nuevos modelos historiográficos. Para juzgar si se trata de crisis o decadencia, o de nuevas perspectivas de método, habrá que decir algo sobre los tres grandes modelos en los que se configuran las nuevas evidencias historiográficas.

1) La microhistoria cuyo objetivo ha representado entre otras cosas la vuelta al sujeto individual de lo histórico. Sin duda, la micro-historia ha surgido vigorosa después de la aparición del libro de Ginzburg en 1976 (*el queso y los gusanos*). Bien vista, la micro historia, no es más, que una práctica que se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico, aplicando lo que Ginzburg ha llamado el método indicial.⁶⁵ No se trata de interesarse por lo micro por si mismo, sino de reducir la escala de observación de lo macro, como quiera que lo que puede ser entendido como sistema es algo que tiene diversas escalas. La micro-historia estudia entonces

⁶⁴ Hobsbawm, Eric. *The Revival of Narrative: Some Comments, Past and Present*, 86 (1980), pp. 3-8.

⁶⁵ Levy, Giovanni. “Sobre Micro-Historia”, en Burke *Formas de Hacer Historia* páginas 119 a 143. Sobre el paradigma indicial véase Ginzburg, Carlo. “Indicios: Raíces de un Paradigma de Inferencias Indiciales”, Ginzburg, Carlo. *Mitos Emblemas, Indicios, Morfología e Historia*, Editorial Gedisa Barcelona, 1994. páginas 138 a 175.

fenómenos socio-antropológicos en su vertiente histórica a una muy pequeña escala de observación del sistema, para poder analizar ciertos procesos más generales y tipificarlos.

2) La que se ha llamado a si misma “nueva historia cultural”, más cercana de los problemas de la representación, de la mediación de los lenguajes, de la percepción que tiene el sujeto individual sobre el mundo. La nueva historia cultural se caracteriza por que va más allá de la historia de las mentalidades, trascendiendo la historia social de la cultura y abordando la representación mental simbólica de los objetos culturales. Aquí el mundo de la representación es el que ha retenido la atención, por ejemplo en una obra reciente de Roger Chartier.⁶⁶ Para Chartier una exploración de la cultura es una forma de preguntar por la sociedad. El correlato entre historia cultural e historia social es evidente, solo que en aquella la penetración en la sociedad se hace por el camino de la representación mediante la cual los grupos y los individuos dotan de sentido a su mundo.

3) Una forma afin a la “nueva historia cultural” representada en el resurgimiento de la historia de inspiración socio estructural, heredera tanto de la historia social como de la sociología histórica. Ello ha implicado el acercamiento de la historiografía a movimientos y perspectivas como la antropológica, la lingüística, la microsociología, y por supuesto una nueva aproximación a las historias de vida y de la vida cotidiana. La historia socio-estructural, aunque apenas en esbozo, es por cierto una de las más fecundas empresas y que apunta al intento de definir una nueva practica historiográfica. El intento subyacente, por supuesto, es conceptualizar y descubrir la real estructura oculta de la sociedad, del proceso real del cambio social estructural, como un camino para superar las oposiciones entre el individualismo metodológico y el Holismo, comoquiera que las estructuras socio-históricas no son pautas de sucesos, ni de acciones ni comportamientos, ni son reducibles a los fenómenos sociales, sino que tienen una forma de existencia estructural que es a la vez relativamente autónoma y no separada de la totalidad de los fenómenos que ocurren dentro de ella.⁶⁷

⁶⁶ Roger Chartier “El mundo como representación. Cap 2 de Chartier *El mundo como representación: Historia Cultural entre practica y representación*. Ed Gedisa. Barcelona, 1996.

⁶⁷ Aróstegui. “Sociología e historiografía en el análisis del cambio social reciente”. *Historia contemporánea*. (Lejona), 4 (1991). También Aróstegui, J. “La Historia Reciente o del acceso histórico a realidades sociales actuales”, en Rodríguez Frutos, J. ed., *Enseñar historia: nuevas propuestas*, Laia, Barcelona, 1989.

En el afán de especificar un nuevo paradigma historiográfico, Stone precisa que los grandes cambios de la historiografía (que se concretarían en los nuevos modelos que acaban de señalarse) se resumen así:

1-De las circunstancias que rodean al hombre se va hacia el hombre en sus circunstancias.

2-En cuanto a los problemas estudiados, de lo económico y de lo demográfico hacia lo cultural y afectivo.

3-En cuanto a las fuentes primordiales de las influencias, se va de la sociología, la economía y la demografía, a la antropología y a la psicología.

4- En cuanto al tema, del grupo al individuo.

5- En cuanto a los modelos explicativos, de la mutación histórica de lo estratificado y lo unicausal a lo comunicante y lo multicausal.

6- En cuanto al método, de la cuantificación del grupo al ejemplo individual.

7- En cuanto a la organización, de lo analítico a lo descriptivo.

8 - en cuanto a la noción que uno se hace del papel de historiador, de lo científico a lo literario.

Estos múltiples cambios en la estructura de la historia, estos recambios del contenido, del objeto, el método y el estilo no pueden, dice Stone, ser descritos con un solo término “ por el momento la narración no es mas -dice perentoriamente Stone- que la abreviatura cómoda, el número de código de la operación en marcha⁶⁸

Frente a esos nuevos modelos y frente a los elementos del nuevo paradigma son posibles, sin embargo, dos tipos de lecturas. Una, entenderlas, según lo hace Stone, como la revaluación de los anteriores fundamentos de la práctica del historiador, en función de la cual se han producido las búsquedas por caminos externos a la propia historiografía que resultado de las modas o no , de corrientes duraderas o no, tienden a dejar a un lado toda tradición de trabajo disciplinar. Esas son las orientaciones post-modernistas.⁶⁹ Otra lectura consiste en entenderlas como las respuestas a la crisis desde el propio seno de la historiografía y con sus propios instrumentos (Hobsbawm) que han llevado a la aparición de propuestas pragmáticas y nuevos enfoques metodológicos que se mantienen fieles en todo caso a la tradición de inteligibilidad de los procesos

⁶⁸ Stone, La historia como narrativa, op cit, pág 104).

⁶⁹ Ankersmit F., R. *Historiography and Postmodernism*, “History and Theory, XXVIII”, 2 También, (1989). Spiegel, G. M., *History and Postmodernism*, “Past and Present”, 135 (mayo de 1992).

históricos. Así la micro-historia, la historia socio-estructural y la historia socio-cultural, no serían más que nuevas formas de aproximación a la comprensión del conjunto.⁷⁰ Veamos entonces los alcances de los nuevos modelos historiográficos en la perspectiva de esa doble lectura.

III. Leer, narrar, contar, escuchar: Los extravíos por el método

Pongamos en orden lo que ha ocurrido en el mapa de la historiografía, y propongamos de manera explícita la hipótesis de que la fragmentación y la dispersión de la historiografía no son simple ni principalmente el resultado de la búsqueda de nuevos temas, o del agotamiento de los modelos historiográficos sino ante todo expresión del extravío transitorio que resulta de la búsqueda de nuevas aproximaciones para una mejor comprensión de la globalidad del proceso histórico como tal. Lo que ha ocurrido es la necesidad de búsqueda de nuevas fuentes ante el agotamiento de las tradicionales fuentes escritas, la necesidad de buscar explicaciones más complejas y concretas que superen el reduccionismo socioeconómico. También han ocurrido cambios de método en el análisis de los procesos y los acontecimientos históricos a través de cambios en la escala de aproximación de las estructuras, y todo ello tiene que producir una aparente nueva perspectiva del discurso histórico, pero ello no significa que las preguntas centrales de la historia estén agotadas o que hayan fracasado los intentos para comprenderlas. Más bien ha sido necesario plantear nuevas cuestiones que permitan superar las limitaciones de una metodología específica, estructural, colectiva y cuantitativa. En primer lugar la vuelta a la antropología y en segundo lugar,⁷¹ la incorporación de los sentimientos, los modelos de comportamiento, los valores, en fin un despertar del interés por la mentalidad en sentido amplio. Plantear esas cuestiones nuevas significa acaso reconocer que el movimiento hacia la narración representa el fin de una época: Aquella en que se intentó aportar una explicación coherente y científica de las evoluciones pasadas?. Esa cuestión tiene una implicación decisiva: el dilema de los historiadores es que o bien se sitúan en un bajo nivel científico para estar en condiciones de alcanzar resultados importantes, o bien se sitúan en un alto nivel científico acogiendo el prototipo de las ciencias naturales, para alcanzar

⁷⁰ Lloyd, C. "The Methodologies of Social History. "A Critical Survey and Defense of Structurism", *History and Theory*, 30, 2 (1991). y Lloyd, C. *The Structures of History*, Blackwell, Oxford, 1993.

⁷¹ Es reconocida la influencia de la obra de C. Geertz; (*La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1992) en las nuevas corrientes historiográficas.

resultados sin gran importancia. Lo primero, en tanto conlleva aceptar que la historia como ciencia ha fracasado, remite entonces a la proliferación del ejemplo, a la historia local, al caso particular lo que implica que o bien se renuncia a una aproximación de conjunto de una sociedad y se afina en un segmento (el estudio de una única célula) o bien se asume como un cambio metodológico de escala (el conocido estudio de caso) para iluminar mejor la generalización. Estamos pues, justo en el cruce de caminos: Stone cree que hemos llegado allí por el desencanto con el cientifismo y con la desilusión sobre el enfoque estructural, pero un repaso de la historiografía en las fuentes, de autores autorizados, no en las apariencias de los aficionados, nos lleva a que es precisamente la búsqueda de una fundamentación metodológica de la historia como disciplina, lo que ha llevado a plantear cuestiones que parecen conducir al extravío: La historia oral, la vuelta al individuo, el relato, la microhistoria, el acontecimiento.

La primera cuestión se refiere a las fuentes. Se sabe que en las ciencias sociales los métodos van de la mano con las delimitaciones del objeto: para el antropólogo el viaje en su propio campo, para el sociólogo la entrevista, para el economista las cantidades y para el historiador el manuscrito. ¿Cómo abocar los temas del ámbito de la historia a partir de las fuentes escritas?. En especial como indica Thompson⁷² se han recalcado dos dificultades, la fiabilidad de la memoria y su representatividad; para subsanar estas dificultades, en ciertos ámbitos de la historia, se han de buscar entonces nuevos tipos de fuentes que complementan los documentos oficiales. Es fácil entonces volverse hacia la historia oral o en otros casos a la llamada historia desde abajo, pero sin duda, si bien como fuente no deja ninguna duda, como señala Prins la pregunta importante es si la historia oral como campo está en capacidad de ofrecer una explicación.⁷³ El testimonio oral permite, es cierto, una evocación descriptiva emocional, pero de todas formas al final se encuentra atrapada en la pequeña escala y no es ahí donde se encuentran las fuerzas formadoras de las explicaciones en historia.⁷⁴

La segunda cuestión se refiere a los micro fundamentos: abordar los problemas de la explicación histórica, repensar la explicación de la historia supone que las tendencias culturales y sociales no pueden analizarse de la

⁷² Thompson, Paul. "La Historia Oral y el Historiador", *Revista debat*, Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia España No. 13 pág 53. Véase también Thompson, P. *La voz del pasado. Historia oral*, Alfons el Magnanim, Valencia, 1988 y .Sharpe, Jim. "Historia desde Abajo", en Burke *Formas de hacer Historia* . páginas 38 a 58.

⁷³ Prins, Gwyn. "Historia Oral", en Burke, *Formas de Hacer Historia*. pág 171.

⁷⁴ Prins, op. cit. pág, 171.

misma manera que los acontecimientos políticos y se requiere en esos campos una presentación más estructural. De hecho, en las década del 50 y 60, los historiadores de la economía y de la sociedades se sintieron atraídos por modelos de explicación histórica mas o menos deterministas; hoy sin embargo, los modelos más atractivos son los que hacen hincapié en la libertad de elección de la gente corriente, sus estrategias, su capacidad para sacar partido a las inconsecuencias e incoherencias de los sistemas sociales y políticos, para descubrir rendijas por donde introducirse o intersticios donde sobrevivir. Volvemos pues a un terreno familiar a los economistas: a la cuestión de los micro fundamentos y de la racionalidad⁷⁵, que sustentan los fenómenos colectivos.⁷⁶

En tercer lugar, la cuestión del relato, más bien la contraposición entre cientifismo, formalización (modelos cuantitativos) y retórica, que es en realidad la cuestión. Ya se ha señalado el desencanto sobre el cientifismo y la cuantificación, el desencanto también sobre el determinismo de los modelos y las dudas respecto de la capacidad de estos para aprender la causalidad histórica. En muchas ciencias sociales, entre ellas la economía, las respuestas a esas inquietudes parecen encontrarse en una vuelta a la retórica.⁷⁷ Habría que considerar pues la narración en el contexto de los problemas del método. No deberíamos ver, dice Levine, el renacimiento del relato como una mera opción entre historia cualitativa individualizada e historia cuantitativa cuya ambición es determinar leyes, regularidades y un comportamiento colectivo formal. La función concreta del relato no puede perder de vista que lo primero es el intento de demostrar, mediante una evaluación de hechos consistentes, el verdadero funcionamiento de ciertos aspectos de la sociedad que resultarían distorsionados con la utilización independiente de la generalización y la formalización

⁷⁵ Véase A. Przeworsky "Marxismo y elección racional" *Revista Zona abierta* Madrid No 45. 1987. Véase también los artículos incluidos en Aguiar, Fernando. *Intereses Individuales y Acción Colectiva*, Editorial Pablo Iglesias, mayo de 1991.

⁷⁶ Trabajos importantes en esta perspectiva son los de Skocpol, Theda. y M. Somers, "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry", *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), pp. 174-197. La discusión del alcance del método en Skocpol, Theda. (ed.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1984. También las consideraciones de Taylor, Michael. "Racionalidad y Acción Colectiva Revolucionaria", Tilly, Charles. "Modelos y Realidades de la Acción Colectiva Popular", ambos en Fernando Aguiar, Compilador.

⁷⁷ A. Klammer, D. McCloskey y R. Solow (eds.): "The Consequences of Economic Rhetoric" Cambridge, Cambridge University Press 1988. Donal Mc. Closkey: *The Rhetoric of economics, the university*. op. Wisconsin Press, 1985.

cuantitativa, ya que esas operaciones aceptarían de manera funcionalista el papel de los sistemas de reglas y los procesos mecánicos del cambio social.⁷⁸

En cuarto lugar está la cuestión de la escala de observación, la contraposición entre conocimiento individualizante y generalizador y que remite a una no menos conocida cuestión epistemológica: La *cesura*, el paso de lo individual a lo general. La micro-historia, la historia local, no solamente implican un reexamen de las fuentes y de la naturaleza de las explicaciones históricas (la capacidad de pasar de lo particular a lo general) sino también los aspectos de método. Así la micro-historia debe entenderse como una respuesta a las limitaciones obvias de ciertas interpretaciones de la historia social que dan preeminencia a indicadores y generalizaciones excesivamente simples. La microhistoria consigue expresar mejor la complejidad de la realidad aunque eso implique utilizar técnicas descriptivas.⁷⁹

Es en ese contexto de renovación de métodos (fuentes, microfundamentos retórica, escala) que se revalora el acontecimiento, no por el gusto de narrar, sino de explorar mejor una generalidad, un proceso o una ruptura mediante un cambio en la escala de observación. Aquí se trata de examinar el acontecimiento “generador” (en la expresión de Le Roy Ladurie) que destruye las estructuras tradicionales y las sustituye por otras. Pero el acontecimiento no es más que una burbuja de la que interesan fundamentalmente sus ondas. Como ha señalado Duby a propósito de *El domingo de Bouvines* “los acontecimientos son como la espuma de la historia, burbujas grandes o pequeñas que se abren en la superficie y estallando suscitan olas que se propágan más o menos lejos, este acontecimiento ha dejado huellas muy duraderas que sin embargo hoy han desaparecido del todo. Solo estas huellas le dan vida y sin ellas el acontecimiento no es nada”⁸⁰

Apelaremos por fin y de manera decisiva a Ginzburg para señalar cuales son las implicaciones epistemológicas de ese cambio de perspectiva, más bien de ese cambio de escala; Queda claro, siguiendo a Ginzburg que aquí no se trata de volver a la narración sino de fundamentar más rigurosamente un propósito generalizador. En el prototipo galileano de cientificidad, recuerda Ginzburg, la cientificidad decrece bruscamente, según se vaya de las propiedades universales a las propiedades comunes y luego a la propiedad propia e individual, y esa escala decreciente confirma que el verdadero obstáculo para la aplicación del paradigma cientifista galileano es la existencia de una

⁷⁸ Levy, Giovanni. “Sobre Micro-Historia”, en Burke *Formas de Hacer Historia*. pág. 140.

⁷⁹ Véase Levy op cit. Para una discusión de la noción de censura véase. “*Los límites del conocimiento*” F.C.E. México, 1986.

⁸⁰ George, Duby. *El domingo de Bouvines*. Alianza editorial, Madrid, 1992

centralidad del elemento individual en cada una de las disciplinas dignas de las ciencias naturales o de las ciencias sociales. La posibilidad pues de un conocimiento científico riguroso, se va desvaneciendo en la misma medida en que los rasgos individuales son considerados de más en más pertinentes. Así, concluye Ginzburg, en ese punto se abren dos caminos: o se sacrifica el conocimiento del elemento individual a la generalización (más o menos rigurosa, más o menos formulable en lenguaje matemático) o bien se trata de elaborar, si se quiere a tientas, un paradigma diferente basado en el conocimiento científico, pero de una cientificidad aún completamente indefinida de lo individual;⁸¹ Así pues, el cambio de escala compromete, como es natural, el grado de cientificidad y de capacidad explicativa, aún cuando se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental.

Las implicaciones de una perspectiva son variadas. El principio unificador de toda investigación micro histórica es la creencia de que la observación microscópica permite observar factores anteriormente no observados, advierte Burke. Algunos de los fenómenos revisten significados completamente nuevos al alterar la escala de observación, pero eso no significa que la reducción de la escala deba verse por sí misma como una narración⁸². Lo importante advierte Burke, es que los historiadores sociales han vuelto a la narración como medio de iluminar las estructuras. Eso es lo que han hecho Cipolla, Devis, etc. justamente porque las generalizaciones no son capaces de alcanzar las dimensiones más significativas de esa estructura, que solo se revela mediante "indicios". La recurrencia a la micro-historia es entonces, la apelación al "método indicial" del que habla Ginzburg, que parte de trabajar a partir de ciertos signos significativos organizados dentro de un marco inteligible. Así pues, la micro-historia no es otra cosa que un intento de establecer a través de un cambio de escala una estructura teórica capaz de continuar produciendo interpretaciones inteligibles para desvelar la importancia no evidente de las cosas. A ello Ginzburg ha hecho una contribución importante que desplaza al método histórico desde el método anatómico descriptivo al método sintomático indicial de los médicos y de los detectives.⁸³

Concluyamos pues, en que lo que los historiadores no aficionados han buscado es la superación de las dificultades mediante la renovación de los

⁸¹ Ginzburg, Carlo. "Indicios: Raíces de un Paradigma de Inferencias Indiciales...". Ginzburg, Carlo. *Mitos Emblemas, Indicios, Morfología e Historia*, Editorial Gedisa Barcelona, 1994.

⁸² Burke, Peter. "Historia de los Acontecimientos y Renacimiento de la Narración", en Burke, *Formas de hacer Historia*. pág. 300.

⁸³ Véase Ginzburg indicios pág. 163

métodos, de las fuentes y de la escala de observación, un mayor alcance en las explicaciones, pero no han pretendido de ninguna manera la inauguración de una moda postmoderna, relativista, que reduce todo a la deconstrucción del significado y que juzgada por muchos como avance, aparta a los investigadores más casquianos de la inteligibilidad de la estructura, de lo general de los procesos, de las regularidades. Por cierto, lo que tiene de positivo el regreso al territorio de las ideas, de las mentalidades, de la micro historia, puede perderse al propiciar una fragmentación que supone implícita o explícitamente la existencia de niveles que deben estudiarse por separado. Esa es la pretensión que está en la base del extravío, de la crisis de la historiografía.⁸⁴

IV. La quimera yerma: Vicisitudes de la Historia como disciplina

Esbozado el mapa y debidamente marcadas las sendas por las que nos hemos extraviado, es hora de mirar el conjunto, de hacer un balance de lo que en realidad ha venido ocurriendo en la historiografía no solamente como una disciplina académica (a veces con pretensiones científicas) sino como un quehacer intelectual que busca proveer explicaciones, y que no puede reducirse en todo caso a la narración y a la hermenéutica. Los últimos veinte años han sido críticos para los científicos sociales. Estallaron los marcos teóricos y metodológicos con que se construía el conocimiento. Periclitaron, o eso parece, los intentos de interpretaciones globales de muchas disciplinas que han sido sustituidos en el caso de la historia por trabajos puntuales, inspirados en diversos modelos historiográficos, donde las respuestas son siempre parciales y debidamente delimitadas.⁸⁵ En un artículo reciente, sin embargo, Roger

⁸⁴ El efecto que esta crisis ha producido en el terreno de las ciencias sociales de occidente, dice Fontana, y muy especialmente en el de la historia ha sido devastador. Muchos historiadores que en su tiempo fueron más o menos influidos por el Marxismo, se han dejado arrastrar por una irracional oscilación del péndulo hacia el estudio de las ideas, reivindicado ahora poco menos que como un territorio inexplorado, lo que implica olvidar que junto a la vulgata marxista se había desarrollado ya con mucha anterioridad entre quienes avanzaban a partir de la deuda del pensamiento de Marx, una visión de la historia de la cultura mucho más rica y matizada. Fontana, Joseph. *La Historia después del Fin de la Historia Reflexiones a cerca de la Situación Actual de la Ciencia Histórica*, Ediciones Crítica, Barcelona 1992. pág. 104 Véase También el fuerte ataque de Gismondi, M. A. "The gift of theory": a critique of the "histoire des mentalités", *Social History*, 10, 2 (1985), pp. 211-230.

⁸⁵ Kaye, Haruey. "The Powers of the Past: Reflections on the Crisis and the Promise of History", University of Minnesota Press, Minneapolis, 1991. Para las ciencias sociales, Ovejero, Felix. *La quimera infértil (el despropósito de la teoría de la historia)* Ed. Icaria, Barcelona 1994.

Chartier subraya que las transformaciones que está experimentando la historia no se deben tanto a las crisis general de las ciencias sociales ni a los cambios de paradigmas, sino a la toma de distancia vis a vis los principios de inteligibilidad que desde hacia medio siglo gobernaban la marcha de la historia. A medida que se derrumbaban estos principios, emergía la posibilidad de incorporar a la historiografía una pluralidad ilimitada de enfoques, alejándose cada vez mas de las pretensiones de *historia total* de los fundadores de anales. Ese es el punto: si la pluralidad de enfoques conlleva a la renuncia de la inteligibilidad o si es posible aún una organización intelectual que la preserve respetando la pluralidad.⁸⁶

Es cierto que como hemos venido reseñando parecemos estar sumidos en un laberinto caprichoso de principios, enfoques, métodos, sentidos de lo histórico, alcances intelectuales etc. Pero no hay que exagerar. En un texto que no me resisto a transcribir, que puede verse en la contra carátula de un libro reciente de Marco Palacio y en el que el editor, con poca fortuna, intenta sintetizar los cambios de la historiografía, se dice: “tras el advenimiento de la historia problema, el deslizamiento de los nexos entre acontecimiento, coyuntura y estructura como objeto de la historia, el marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo como discursos universales y la distinción entre lo superficial y lo profundo que evidencia la verticalidad rechazada por los postmodernistas, aparece el pensamiento blando en el que pierde pertinencia cualquier modelo de historia total o estructurada, para dar paso a una historia sin certidumbres”⁸⁷. Amen de la perla, un texto como este, casi sin sentido, enumera en todo caso las distinciones. Por ello conviene seguirle la pista. El pensamiento “blando” que se opone a la tradición cientifista, (pensamiento duro) conduce por supuesto a la pérdida de pertinencia de cualquier modelo de historia total o simplemente estructurada. Eso es cierto, pero también aquí lo que está de por medio, en ese pensamiento blando, es el rechazo a la consideración de la historia como un conocimiento que puede adoptar los patrones de investigación y explicación propios de la ciencia. Ello conduce, por nublosos caminos, a una primera consecuencia: la de la fragmentación: “La historia, dicen Dogan y Pahre, es la más fragmentada de todas las disciplinas sociales, no solamente porque lo único que tienen en común los fenómenos es que pertenecen al pasado, sino porque los tratamientos obligan a recurrir a las más diversas y diferentes disciplinas, sociología, economía, etc. de modo que la extensión de la especialización, significa que la historia es de hecho uno de los terrenos más desarrollados de encuentro transdisciplinario, porque la supremacía de la

⁸⁶ Roger Chartier: el mundo como representación, op cit .

⁸⁷ En Marco Palacios (Compilador), 7 ensayos de Historiografía.

historia política ha sido reducida a una serie de especialidades, pero los historiadores carecen de teorías y métodos comunes y mas aun se comunican poco entre si, salvo al interior de las subdisciplinas. Pero no cabe duda en todo caso, que lo que hay en el fondo de esta fragmentación es que si hace treinta años las influencias más dinámicas sobre la historia como disciplina provenían de la sociología y la economía, hoy se originan en la ciencia política, la filosofía política, la critica literaria, la lingüística. Estas nuevas relaciones han sido posibles por la crisis en la relación entre la historia y las ciencias sociales más arraigadas, que fue la base de la renovación historiográfica durante varias décadas”⁸⁸.

Examinemos entonces las causas inmediatas de la fragmentación y la dispersión esto es, el abandono del cientifismo, la separación de la historia de las ciencias sociales y los extravíos sobre la naturaleza del conocimiento histórico.

1. Ciertamente, durante los últimos años, hemos experimentado una especie de *tercera revolución científica* que deja a un lado el determinismo y la fe en la capacidad predictiva de la ciencia. Se ha derrumbado el mito de la posibilidad de “completitud” del conocimiento que ha guiado a la ciencia occidental durante tres siglos y más bien se acepta hoy que la diferencia entre las llamadas ciencias duras y las blandas es mucho menor que lo que se pensaba⁸⁹. Lo que experimentamos hoy, en el terreno de las disciplinas académicas no es ciertamente el fortalecimiento de la especialización, del cientifismo, del determinismo, del “pensamiento duro”, pero tampoco la trivialización postmoderna del relativismo y la búsqueda del significado, sino un amplio proceso de *Racionalismo Ilustrado* que sobre todo en las ciencias sociales conduce a patrones de hibridación y fragmentación que comienzan a abrir un área fértil de debate interdisciplinario⁹⁰. Ese es el camino sobre el que debe volver la historia, hacia la apertura sin dispersiones ni fragmentaciones.

2. Para la historia como Ciencia o práctica científica (así la llamó Lucien Febvre), como pensamiento duro o como pensamiento blando, la cuestión de

⁸⁸ Dogan, Mattei. y Pahre, Robert. *Las Nuevas Ciencias Sociales la marginalidad creadora*, Ediciones Grijalbo, México 1993.pág 107

⁸⁹ Para diversas perspectivas véase Brockman, John. (Editor), *La Tercera Cultura más allá de la Revolución Científica*, Tusquet Editores 1996. El locus classicus de esta discusión es por supuesto C . P. “Las dos culturas y un segundo enfoque”, Alianza editorial, Madrid, 1977. Snow reflexiona sobre las implicaciones de la tajante separación entre las humanidades y las ciencias naturales polemica que quizás habría que reabrir.

⁹⁰ Véase Dogan y Pahre para este planteamiento.

fondo es en todo caso su ubicación en el plano de las disciplinas académicas y la ubicación en el conjunto de las ciencias sociales (que comporta sobre todo, la reconexión de los contactos con ellas). Por supuesto que no volveremos al viejo debate sobre si la historia es o no una ciencia. Tampoco a la relación entre el mundo de las ciencias sociales más formalizadas y el de la historiografía. Aquí lo que interesa fundamentalmente es destacar que dados los nuevos rumbos de la historiografía, cada vez es más evidente que no hay donde ponerla y mucho menos si se piensa en términos de la justificación de una disciplina académica dentro del conjunto de las disciplinas universitarias. Julio Arostegui, respecto de la consideración de historiografía como ciencia social recuerda algunos detalles. En diversos tipos de clasificaciones oficiales que realizan las burocracias que se ocupan de la ciencia, la historiografía (o la historia) se encuentra extraviada. No aparece entre las ciencias sociales en los catálogos de la Unesco, ni en las guías de estudios universitarios, ni en los catálogos y estanterías de editoriales, librerías y bibliotecas⁹¹. Un conocido sociólogo, Daniel Bell, en su recuento de los progresos de las ciencias sociales desde fines de la segunda guerra mundial hasta la década de los 70, no solo no analiza la trayectoria de la historiografía sino que esta disciplina no es siquiera mencionada entre tales ciencias⁹². Un diccionario editado en España sobre el vocabulario de las ciencias sociales, no incluye como tal a la historiografía, ni la palabra historia aparece en el con sus connotaciones habituales. El notable libro de Dogan y Pahre, sobre la situación de las ciencias sociales, apenas aborda tres o cuatro párrafos sobre el estado actual de la disciplina⁹³. Todo parece pues borrar los esfuerzos de Anales (y las inmensas perspectivas que desde entonces se abrieron) de tratar de conectar la historia con las demás ciencias sociales, de darle un lugar en esas ciencias.

Así, a la historiografía no hay donde ponerla ni nada con que Hermanarla. Mientras la historiografía postmoderna expulsa a la economía y a la sociología, al mismo tiempo la economía por razones de especialización expulsa a la historia de su propio campo. La historia pues parece estar desligándose del ámbito de las ciencias sociales más promisorias (economía, política, etc.) y al mismo tiempo dentro de esas ciencias no tiene futuro.⁹⁴ Ni la necesitan ni las necesita, eso parece, a menos que las propias ciencias sociales admitan la necesidad de explorar las dimensiones del pasado para configurar su estatuto

⁹¹ Arostegui, Julio. *La Investigación Histórica: Teoría y Método*.

⁹² Daniel Bell "Las ciencias sociales después de la segunda guerra mundial" Alianza editorial, Madrid, 1981.

⁹³ Dogan y Pahre op cit.

⁹⁴ Lloyd, C. "Explanation in Social History", Blackwell, Oxford, 1986.

disciplinario y a menos que la historia recupere sus dimensiones explicativas y deba para ello apelar de nuevo al auxilio de aquellas disciplinas.⁹⁵

3. Un tercer tema, acaso más importante, tiene que ver justamente con la naturaleza del conocimiento histórico; se trata del cuestionamiento de la naturaleza de la producción historiográfica, del status del texto histórico, de la posibilidad misma de conocer el pasado. Estos no son temas nuevos, por supuesto, pero han cobrado vigencia en la última década. Aries ha señalado el punto: “Se ha producido -dice- un cambio notable en la perspectiva del historiador y ello sucede en el seno mismo de una concepción total de la historia y de su ilimitado campo. Cabe entonces preguntarse sobre los motivos de este cambio, propondré dos que por cierto no están reservados a los historiadores sino que se observan en general en las grandes corrientes intelectuales de nuestro tiempo: la primera causa es el derrumbe o debilitamiento de los determinismos lineales tales como el marxismo o el neopositivismo científico y técnico. Rechazamos la idea de un único sentido de la historia. Segundo, la idea misma de evolución es sospechosa o por lo menos inútil y uno llega a preguntarse si también la propia idea misma del cambio no se ha visto afectada por contagio o si, debemos prescindir de ella y tanto mejor”⁹⁶. Habíamos entonces algunos interrogantes. No es eso acaso lo que se trasluce en el interés por lo particular, por los actos que escapan a la regularidad de los modelos, en el gusto por los acontecimientos que no pueden ser deducidos de ninguna serie o que no pueden revelar o producir cambios en el contexto más amplio del que son parte?. No es ese el gran fondo del nuevo rumbo de la historiografía? no es esa acaso la razón última de la desintegración de la historia como disciplina que se ocupa del pasado? más aún como recuerda Le Goff “es capaz esa historia bulímica de pensar y de estructurar la totalidad”⁹⁷, Si así es, cual es entonces la utilidad de la historia si renuncia a la posibilidad de reconstruir el pasado,

⁹⁵ El debate por supuesto no es menor. Véase la preocupación originaria en Landes, D. y C., Tilly. eds., *History as social Science*, Prentice, Hall. Englewood, Cliffs. N. J. 1971. El balance de las relaciones y tensiones en Barraclough, G., “Tendencias actuales de la investigación histórica”, en *Tendencias de la investigación en ciencias sociales*, Tecnos-Unesco, Madrid, 1981, vol. 2, También Cahnman W.S y Bosrof A. *Historical Sociology: What It Is and What It Is Not*, en B. N. Varma, ed., *The New Social Sciences*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1976. Eley, G., y K. Nield, “Why does social history ignore politics?”, *Social History*, 5, 2 (1980), pp. 249-271 Knapp, P. “Can Social Theory Escape from History? Views of History in social Science”, *History and Theory*, 23, 1 (1984), pp. 34-52.

⁹⁶ Ariès, Philippe. “La Sensibilidad al Cambio en la Historiografía Contemporánea”, en Gadoffre, Gilbert. *Certidumbres e Incertidumbres en Historia*. Grupo Editorial Norma, Editorial Universidad Nacional, Santafé de Bogotá, 1997 pág. 203.

⁹⁷ Véase Le Goff. *Pensar la historia*. págs. 137-139.

no digamos las grandes leyes de la evolución sino siquiera los procesos característicos?⁹⁸ Si la historia finalmente no puede ser útil para enfrentar la posibilidad de generalizar en cuanto a las sociedades humanas y a su desarrollo, si no puede dar respuesta a los grandes porqués y aportar una explicación coherente de las mutaciones pasadas, para que sirve entonces la historia?⁹⁹ Son preguntas que los historiadores no aficionados no dejan de hacerse, pero que por supuesto los historiadores “post modernos” son incapaces de responder.

Ahora bien, alejarse del cientifismo, separarse de las ciencias humanas y rechazar la posibilidad del conocimiento del pasado, quizás nos lleva a la ampliación de temas, a la pluralidad de enfoques, a la recurrencia de métodos más innovadores (no se si eficaces), en suma quizás ganamos algo pero tal vez también hemos perdido mucho mas de lo que hemos ganado.

Para empezar, la desaparición de la historia como una disciplina académica, y su conversión a lo que se ha denominado con justicia una “historia en migajas” (Dosse) que tiene la fútil pretensión (siguiendo una figura de Fontana) de fundamentar el análisis de la solidez de nuestra estructura social y de la estructura de nuestra civilización no en la solidez de los cimientos del edificio, sino en las propiedades arquitectónicas que representan su segundo o su tercer piso.¹⁰⁰ La advertencia que hace Fontana debe valorarse suficientemente: una cosa es que pensemos que una explicación histórica más rica debe incluir muchos factores que anteriormente no tomábamos en cuenta (o que considerábamos solo complementariamente) porque no éramos conscientes de su importancia (y en eso tiene razón Stone) y otra que interpretemos esa inclusión como una renuncia a toda explicación, como una invitación a abrir nuevos campos separados que tienden a convertirse, en la práctica, más que en disciplinas independientes y bien fundamentadas, en modas o en frivolidades.

Pero el peligro mayor, por supuesto, se refiere a la imposibilidad de configurar la “matriz disciplinar” propia de toda disciplina académica. A ese punto se ha referido Elton en su respuesta a Fogel al señalar que las cuestiones suscitadas por este atañen de manera directa a la reivindicación que la historia puede hacer de su lugar en el mundo de las disciplinas académicas.¹⁰¹ Estas

⁹⁸ Vilar, Pierre. “La Soledad del marxista de Fondo” en Pierre Vilar *Pensar la Historia*, Ediciones del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México 1995, página 92 a 95.

⁹⁹ Véase Hobsbawm “*La historia como narrativa ...*” pág 106.

¹⁰⁰ Fontana, *La historia al fin de la historia*, pág 81.

¹⁰¹ Elton G. R., “Dos Tipos de Historia”, en Foguel y Elton, *Cuál de los dos Caminos al Pasado...* pág 115. Véase también Elton, G. *Return to Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

implicaciones negativas deben ser resueltas, añade Elton, si se quiere que la historia continúe reteniendo la atención de los no historiadores interesados en el pasado, y preocupados en saber si este puede ayudar o no al presente en vez de aturdirlos por las disputas entre los expertos.

Habría que reflexionar también en lo que significa la moda en el reforzamiento de las tendencias académicas, en las carreras académicas de los historiadores y sobre todo en las señales que pueden emitirse irresponsablemente a los estudiantes. No estamos acaso, al colocarnos en la cola de las grandes innovaciones, en una perspectiva tan estrecha que no solamente no advertimos la existencia de la cabeza sino siquiera del cuerpo y reducimos nuestra visión del mundo al tamaño de la cola? “Por desconcertados que nos sintamos, -dice Fontana a propósito de la crisis de la historiografía- sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones para razonar, preguntar y criticar mientras entre todos reconstruimos los programas para una nueva esperanza y evitamos que con la excusa del fin de la historia, lo que paren de verdad sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor”.¹⁰² Si no es así, si hemos de resignarnos al relato y al acontecimiento en su estrecha perspectiva, me temo que muchos de quienes hemos hecho modestas contribuciones a la historiografía no estaremos ya interesados, frente a un mundo en desconcierto, en perder tiempo escudriñando las modalidades de la siesta del mediodía en la Coyaima indiana del siglo XVIII. Eso que lo hagan otros.

V. Unas pocas buenas noticias

Tenemos por fortuna algunas buenas noticias. Si la historia en su extravío post moderno ha terminado por renunciar a la posibilidad de ser una reflexión sistemática capaz de dar cuenta de procesos característicos del pasado, si en medio de sus vaivenes caprichosos se ha separado de las ciencias sociales y al mismo tiempo estas, especialmente la economía, parecen excluir a la historia por ser incapaces de tener una perspectiva del pasado que contribuya a su propio quehacer, y finalmente si hemos renunciado a la inteligibilidad del proceso histórico y a la posibilidad de que pueda reconstruirse el conocimiento del pasado, no queda pues nada de la historiografía, salvo la curiosidad sobre tiempos, hechos y lugares y la historia como tema de conversación.

Hoy, para fortuna de la disciplina, algunas cosas parecen sobrevivir al naufragio. Las tendencias globales de las ciencias sociales parecen indicar la

¹⁰² Fontana, op cit, pág. 144.

posibilidad de reconectar la historiografía con las ciencias sociales en un proceso que ya habíamos advertido de hibridación, de intercambio interdisciplinar. También parece anunciarse la posibilidad de que el examen del pasado tenga alguna utilidad en la perspectiva de la reconstrucción de algunas de las ciencias sociales, y finalmente, que pese “al fin de la historia”, nos queda todavía una utopía, la de la utilidad de la historia en la acción política. Nos reduciremos aquí, por razones de espacio, al ámbito de la historia económica, no sin advertir que hay también buenas noticias en otros ámbitos: la justificada reacción contra el post-modernismo, el resurgimiento del racionalismo ilustrado, el nuevo campo de convergencias de las ciencias sociales, son noticias que animan a la superación de las dificultades de la historiografía pero su consideración desborda las posibilidades de este ensayo.

Una primera buena noticia es la que se refiere a las nuevas tendencias de la ciencia económica y a su capacidad para asimilar de nuevo la perspectiva histórica como un área de apoyo de la mayor importancia (no como una subrama). Desde los años cincuenta la economía es una disciplina especializada, a-histórica, a-política, a-institucional,¹⁰³ tendencia que se refuerza justamente porque los economistas no parecen trabajar habitualmente en dominios híbridos y aquellos que realizan investigaciones en la periferia de la disciplina suelen aplicar su propia metodología (especialmente los postulados de racionalidad y el análisis costo-beneficio) al objeto de estudio de la disciplina limítrofe, lo cual constituye una forma limitada pero poderosa de imperialismo transdisciplinario.¹⁰⁴ Ese enfoque ha fortalecido el imperialismo expansionista de la economía en los dominios tradicionales de la sociología, la ciencia política, la antropología, el derecho y la biología social.¹⁰⁵ Por fortuna, la economía ha tenido una tendencia reciente a hacer una revisión de esa actitud abriendo campos que recibirían gustosos a la historia.¹⁰⁶ Campos como la nueva economía institucional, cuyos destacados representantes incluyen varios premios Nobel (entre otros a Douglas North) están reclamando la transformación

¹⁰³ Los adjetivos provienen de Buchanan, James. *Ethics, Efficiency, and the Market*. Totowa, Nueva Jersey: Rowman and Allanhead. 1985 y C.B Mac pherson *Ascenso y caída de la justicia económica y otros ensayos*. ed manantial Buenos Aires, 1991 y Douglas North “Instituciones, cambio institucional y desempeño económico” F.C.E. México, 1993.

¹⁰⁴ Hirschleifer, Jack. *The Expanding Domain of Economics*. American Economic Review, 72(6), diciembre, pp. 53-68. 1985.

¹⁰⁵ Véase Dogan y Pahre p.g. 134 y 135.

¹⁰⁶ Véase por ejemplo Swedberg, R. (1990): *Economics and Sociology. Redefining Their Boundaries: “Conversations with Economists and Sociologists”*, Princeton, Princeton University Press.

de la economía para incorporar las instituciones, las costumbres, etc. y están apelando a la historia justamente para eso. James Buchanan reclama nexos mas solidos de la economía con la política, lo que les permite una mayor dimensión de la incorporación de la historia a la economía.¹⁰⁷ Diversos trabajos relacionados con el desarrollo económico, la historia económica etc. anuncian tambien un retorno mas o menos próximo hacia la reconexión entre la economía y la historia para beneficio de ambas.

La otra buena noticia es la reorganización de las ciencias sociales, la búsqueda de nuevos fundamentos para las lineas divisorias entre las distintas disciplinas. Las delimitaciones convencionales suponían campos mas o menos separados : la sociedad para la sociología, el mercado para la economía , el estado para la ciencia política, el pasado para la historia. Estas lineas parecen estar agotándose o al menos reclamando híbridos que llenen los campos vacíos entre ellas (un ejemplo es la separación entre economía y política y el surgimiento de la nueva economía política).¹⁰⁸ Ello supone volver a la filosofía, a los problemas de fundamentación del conocimiento para refundir campos, métodos, maneras de ver.¹⁰⁹ En esa perspectiva, las aproximaciones entre la historia y otras disciplinas están siendo mas fuertes y fructíferas ahora que lo que presume la historiografía post- moderna, y lo que parece anunciarse es una revitalización de la historia jalonada por otras ciencias sociales en reconstrucción.¹¹⁰

¹⁰⁷ La literatura sobre esos nuevos enfoques es abundante para una perspectiva de temas , proposiciones y nexos con otras disciplinas véase Cheung, Steve. "Economics and contiguous disciplines", en *Journal of Legal Studies*, 7: 201-211.1978 Eggertsson, Thrainn Economic behavior and institutions, Cambridge: Cambridge University Press.1990 y Hodgson G. *Economics and Institutions: A Manifesto for Modern Institutional Economics*. Philadelphia. University of Pennsylvania Press. 1988. Como ejemplos de una aproximación entre la historia y la economía institucional véase Anderson, Terry and P. J., Hill. "The Evolution of Property Rights: A Study of the American West", *Journal of Law and Economics*, 18 (April 1975), 163-79 Brener, Robert. "La Base Social del desarrollo Económico", en John E. Roemer. *El Marxismo una perspectiva Analítica*. FCE Mexico, 1995. Elbaum, Bernard. and William Lazonick, "The Decline of the British Economy: An Institutional Perspective", *Journal of Economic History*, 44 (June 1984), 467-84 .

¹⁰⁸ G. Dogan y Pahre, op cit .

¹⁰⁹ Wallenstein, Inmanuel. "Abrir las Ciencias Sociales", en *Revista Colombiana de Educación*. N. 32, Santafé de Bogotá, Primer Semestre de 1996, páginas 113 a 128pág 115 y siguientes.

¹¹⁰ Burke, P. *Sociología e historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988. Cipolla, C. M., *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica*, Crítica, Barcelona, 1991. Nell E. J., *Historia y Teoría Económica*, Editorial Crítica Barcelona, 1984. Cohen, B. S., N. Z. Davis, C. Ginzbourg et al., "Anthropology and History in the 1980s", *The Journal of Interdisciplinary History*, 12, 2 (1981). Un texto reciente provee ejemplos de procesos que

Consideremos finalmente como una buena noticia el estado actual de la historiografía marxista, aparentemente la más arrinconada, según Judt, en estos tiempos del fin de la historia.¹¹¹ Es cierto que el marxismo ha dejado de ser en mucho la fuente de inspiración de nuevos programas de investigación. Es cierto también que muchos historiadores marxistas están abandonando completamente los antiguos esquemas, así como el lenguaje y los conceptos que los configuran, pero no debemos apresurarnos a decretar la muerte del marxismo, o al menos de la historiografía marxista. La muerte del socialismo y la utopía comunista están bien enterradas pero el marxismo como método es por supuesto rescatable. Por lo menos en el campo de la historiografía económica y social, el pensamiento marxista sigue planteando las cuestiones e hipótesis más básicas con las que abordar el pasado y el presente; es esa tradición a la que hay que volver, la tradición marxista del análisis de clase, de la privatización de la propiedad como proceso histórico, de las relaciones entre la base socioeconómica y la super estructura ideológica y política, relación que ha demostrado ser extraordinariamente flexible y sorprendentemente adaptable a todo tipo de condiciones imperiales, coloniales, etc. Christopher Hill ha señalado ya con suficientes razones que el tercer mundo todavía no puede permitirse el lujo de proclamar la muerte de la historia ni menos aun la muerte del marxismo¹¹². La situación actual en los estados nacionalistas y en los antiguos estados coloniales ha provocado un renacimiento, mas que una disminución, de los estudios de orientación marxista, en la medida en que la homogenidad de los procesos de descolonización sigue provocando mayor interés en las posibilidades de sus análisis.¹¹³

Pero aún si es cierto que el marxismo ha perdido, lo que cuenta como dice Marquand, es si la tradición perdedora tiene recursos para interpretar, asimilar y adaptarse a su propia derrota, si es capaz de encontrar el modo de explicar lo ocurrido en sus propios términos y en caso de serlo, rearmando a sus adeptos intelectuales para posteriores debates.¹¹⁴ La respuesta es que si es cierto que los elementos básicos del materialismo dialéctico, (que no apuntaban a la búsqueda de la verdad sino a la pretensión de tenerla) es decir, el reduccionismo económico

pueden ser reinterpretados con aproximaciones interdisciplinarias. Véase Hawthorn, Geoffrey. *Mundos Plausibles Mundos Alternativos Posibilidad y Comprensión en la Historia y en las Ciencias Sociales*, Cambridge University Press, Cambridge 1995. (Edición en castellano)

¹¹¹ T. Judt., Tony. "Cronicas de una muerte anunciada", en Acton e, Brogan, H. et al. *A propósito del fin de la historia*. ediciones Alfonso el Magnánimo Valencia. 1994. pág 193.

¹¹² Hill, Christopher. "Unas exequias prematuras." en *Acton E. Et AL.*

¹¹³ Mackenzie, John. "El renovado aliento del tercer mundo", en *Acton Et. Al.* .pág 158.

¹¹⁴ Marquano. David. "¿Grandes o pequeños fines?" en *Acton et Al.*

y el historicismo teleológico que lo impregnaban y mantenían, son lo peor de la capacidad de respuesta del marxismo, pero lo mejor como ha mostrado Cohen, es su teoría social y de la historia, el materialismo histórico. Paradójicamente, el marxismo se ha revelado más capaz de favorecer la comprensión del mundo que su transformación.¹¹⁵

En todo caso como advierte Rigby, incluso quienes rechazan al marxismo siguen viéndose obligados a medir con él sus fuerzas. Es más fecundo trabar relación con un gran pensador equivocado que con una nulidad que tenga la razón. Insistamos en que la gran virtud de la tradición marxista radica en su Holismo cuyos alcances a veces se exageran, en su insistencia en que la sociedad es un tejido que hay que reconstruir y que las ciencias sociales tienen como tarea dar cuenta de ese tejido restableciendo para el conocimiento las conexiones entre los procesos de producción, los valores de la cultura y las estructuras del estado. Habría en fin que insistir en la advertencia de Marquand en el sentido de que sería una tragedia que la crisis actual del marxismo macroscópico se resolviese con un retorno al Namierismo (De Luis Namier) microscópico, pero ese peligro parece remoto al juzgar por las aportaciones de la historiografía marxista reciente al menos en Gran Bretaña y en Francia y que parecen apuntar a una nueva economía política interdisciplinaria y con sentido de la historia mucho más fecunda que cualquier otra que se haya dado desde el siglo 19.¹¹⁶

¹¹⁵ El materialismo histórico clásico defendido recientemente por Cohen descansa fundamentalmente en dos supuestos: en primer lugar la naturaleza de las relaciones de producción de la sociedad (sus formas de propiedad y relaciones de clase que corresponden al nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas) y en segundo lugar, en la afirmación de que si las relaciones de producción se hallan determinadas por el nivel alcanzando por las fuerzas productivas, entonces estas relaciones de producción constituyen a su vez el fundamento o base económica de la superestructura ideológica, jurídica y política de la sociedad, esto es conocido. Véase Cohen G.A. "La teoría de la historia en Marx una defensa" (Madrid, Siglo XXI Editores, 1986) y Cohen G. A. "Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción", en Roemer, John. E., *El Marxismo una Perspectiva Analítica*, Fondo de Cultura Económica, México 1989. También Elster, J. *Cohen on Marx's theory of history*, Political Studies, 28, 1 (1980), pp. 121-128. Sin duda el marxismo como método ha permitido hipótesis que han sido debidamente corroboradas en obras como la de Witold Kula, Perry Anderson y más recientemente la obra de Isaac YOSHUA (*La face cachée du moren age* (1988) y la obra de Chris Dyer (*standards of living in the later middle ages* 1989) y sigue iluminando por ejemplo importantes análisis de la historia medieval en la década de los 80 véase Rigby, Stephen. "El marxismo y la edad media" en *Acton E, et AL.*

¹¹⁶ Para un examen de tópicos véase Marquand pág 190,191, y Christopher, Hill. *Unas exequias prematuras*. pág 28 y 29 ambos en *Acton*. op cit. Véase también Robert Boyer pág 43 a 47. Para una perspectiva de las contribuciones de postguerra de la historiografía marxista véase Samuel, R., "British Marxist Historians", 1880-1980, *New Left Review*, 120 (1980),

Las buenas noticias, infortunadamente, no están ahí como frutos de un árbol que esperan ser recogidos. Para ello, es necesario reconstruir los puentes y el diálogo hasta ahora roto especialmente entre la economía y la historia. La esencia del paradigma liberal (y por ende del individualismo metodológico) ha acentuado esa ruptura del diálogo entre los historiadores y los economistas y el énfasis en el mercado y su papel de coordinación del sistema económico han expulsado del análisis al Estado y por tanto arrinconado a los historiadores y a los científicos políticos. Al mismo tiempo, el formalismo de la ciencia económica ahuyenta a los científicos sociales del acceso a esos virtuosismos, por otra parte irrelevantes. Por fortuna, eso está cambiando. De ese lado del diálogo no cabe ninguna duda de que en el futuro inmediato la ciencia económica incorporará las perspectivas históricas. Del lado de los historiadores, el panorama es más complejo: lo impide el temor reverencial que los historiadores tienen en la teoría económica, en la utilización de modelos y en los métodos de cuantificación. Lo que hay que entender, en todo caso, es que los modelos son como maquetas que no son imprescindibles en el análisis económico y menos en el análisis histórico de los problemas económicos y que el exceso de formalización que ahuyenta a tantos historiadores, está siendo en buena parte también abandonado por los economistas. Las posibilidades de reabrir el diálogo son elevadas siempre que los historiadores recuperen su propio rumbo y en ello la economía no puede hacer nada para recuperarlo. Son los historiadores los que tienen la iniciativa.

pp. 21-96. Stedman, Jones Gareth. "Historia: la Miseria del Empirismo", en Robin Blackburn. *Ideología y Ciencias Sociales*. Editorial Fontana España, 1973. Cohen, J. S., "The Achievements of Economic History: The Marxist School", *The Journal of Economic History*, 38, 1 (1978), pp. 13-28. Kaye, H. J., "Los historiadores marxistas británicos", *Prensas Universitarias de Zaragoza*, Zaragoza, 1989 y Farolfi Bernardino, "Historiografía" en Carlo Donolo Et Al *La Cultura del 900*, Volumen 4, Siglo XXI Editores, México 1985.